



—¡Pero maestro! ¡¡Que llevan mis zapatos una semana en el estante!! Se estarán aburriendo...



BUEN HUMOR



PRECIOS DE SUSCRIPCION

(PAGO ADELANTADO)

MADRID Y PROVINCIAS

Trimestre (13 números).....	5,20 pesetas.
Semestre (26 —).....	10,40 —
Año (52 —).....	20 —

PORTUGAL, AMERICA Y FILIPINAS

Trimestre (13 números).....	6,20 pesetas
Semestre (26 —).....	12,40 —
Año (52 —).....	24 —

EXTRANJERO

UNION POSTAL

Trimestre.....	9 pesetas.
Semestre.....	16 —
Año.....	32 —

ARGENTINA (Buenos Aires)

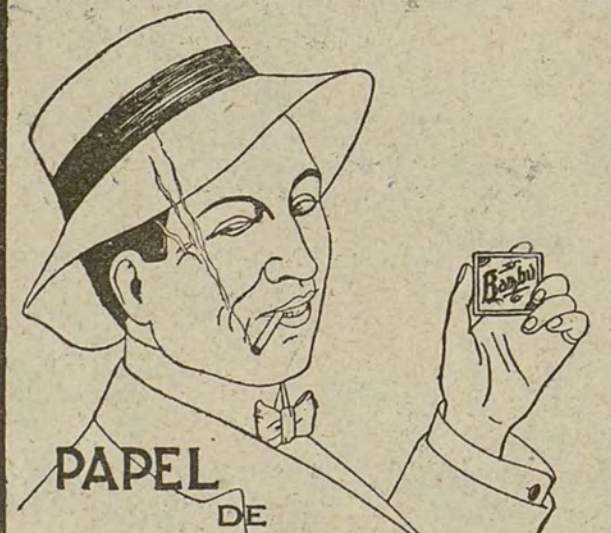
Agencia exclusiva: MANZANERA, Independencia, 856.	
Semestre.....	\$ 6,50
Año.....	\$ 12
Número suelto.....	25 centavos.

Agencia en Cuba para la venta: Compañía Nacional de Artes Gráficas y Librería, S. A., Apartado 603. Habana

Agente exclusivo en Puerto Rico: D. Manuel Mocete Padilla (Ponce)

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Angel, 5. — MADRID. — Apartado 12.142



PAPEL
DE
FUMAR


BAMBÚ



LOS FAMOSOS
POLVOS INSECTICIDAS
LEYER y COMP^a
SON INFALIBLES PARA LA DESTRUCCION DE TODA
CLASE DE INSECTOS

PRENSA NUEVA. Calvo Asensio, 3.—MADRID

Ayuntamiento de Madrid



SECCIÓN RECREATIVA DE BUEN HUMOR



por DIEGO MARSILLA

14.—De Geografía.

Ford. FIAT.
BUENO

15.—Siempre se sufre alguno.

BLANCO TIPO

16.—Charada.

—Mientras voy a *segunda prima, cuarta prima* *tercia* esa caja y mira a ver lo que te gusta de ella.

—¿Pero es para mí?

—Todo, no; son regalos para mis *todo*.

17.—¿Qué tal fortuna tiene?

SSS 100 AAA

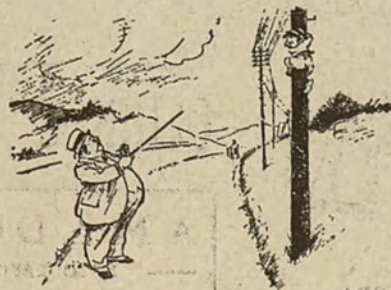


SOMBREROS
BRAVE
6·MONTERA·6

18.—Charada.

—¿Y qué vas a hacer con eso?

—Pues con esta *prima segunda*, esta *tres cuarta* y algo de *tercia segunda*, un bastidor para *todo*.



—Bájate, muchacho; jamás se me ha ocurrido hacer eso cuando era chico.

—Lo creo; ni ahora tampoco.

Ayuntamiento de Madrid

19.—¿Qué te parece mi novio?

1 A

20.—Charada.

—Ya estamos en el Museo.

—Pues *prima terciá, segunda prima* tú, que para eso de "cicerone" eres un *todo*.

21.—Lo son todos los chicos.

B

DOMINGO
DERECHOS

22.—Charada.

—Conque paseando la *prima cuarta pri-*
ma, prima segunda terciá, ¿eh?

—Ayer, sí, pero no *prima segunda ter-*
cia: fué al *todo*.

Cupón núm. 3

que deberá acompañar a toda solu-
ción que se nos remita con destino
a nuestro CONCURSO DE PA-
SATIEMPOS del mes de octubre

CUPON

correspondiente al núm. 307 de

BUEN HUMOR
que deberá acompañar a
todo trabajo que se nos
remita para el Concurso
permanente de chistes o
como colaboración es-
pontánea.

LAXANTE

BESCANSA

TRATAMIENTO
ORIGINAL
DEL
ESTREÑIMIENTO



HERNIAS

Bragueros cien-
tíficamente.

: J Campos
único MEDICO
ORTOPEDICO
de MADRID
Augusto Figueroa 8

AGENTE DE PUBLICIDAD
PARA

BUEN HUMOR

EN CATALUÑA

Félix Verdún Daly

ROSELLO, 402 BARCELONA

CANAS



INVENTO MARAVILLOSO
para volver los cabellos
a su color primitivo.
Venta todas partes y
autor N. López Caro.
Santiago; y Suenraal
de Barcelona, Caspe, 32,
donde se dirigirá la co-
rrespondencia. Isla de
Cuba, pidase con el
nombre de Agua de Co-
lonia del profesor N.
López Caro. República
Argentina, en todas par-
tes. ¡Ojo! Cuidado con
las imitaciones y falsi-
ficaciones.



EL
JABON DE
SALIS DE CARABANA
CURA Y EVITA LA IRRITACION
DE LA PIEL

PASTILLAS DE CAFE Y LECHE

VIUDA DE CELESTINO SOLANO

Primera marca mundial

LOGROÑO

Indra Perla

Collares, Gargantillas, Sautoires,
Pendientes, Botones de Pechera,
Adornos de Cabeza, Pulsera, Per-
las para Vestidos.

SE COMPRAN ALHAJAS
Puerta del Sol, 11 y 12, 2.º

Hay ascensor.—Teléfono 14466

CLICHES

se venden a precios módicos los
publicados en este semanario

AMADOR

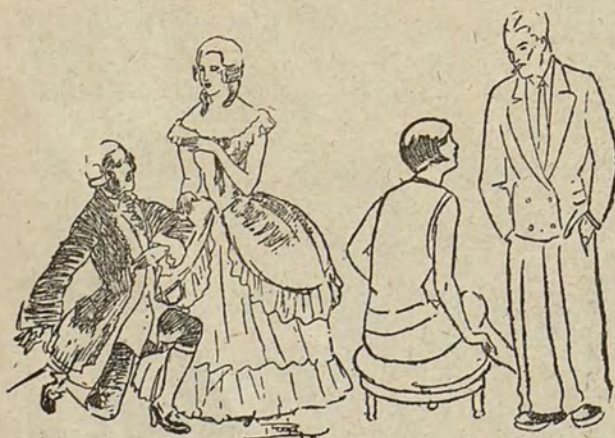
FOTOGRAFO

— PUERTA DEL SOL, 13 —

Gran Hotel Continental

Todo confort

Coso, 52. Teléf. 5-83
ZARAGOZA



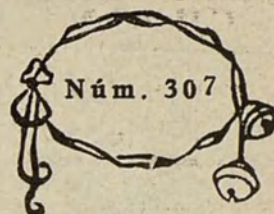
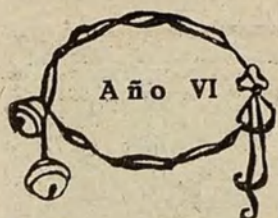
De Pasquino.—Torino.

ANTES

—Vuestra boca es una flor,
que hace morir de amor...

AHORA

—Lávate la cara, que te
voy a dar un beso...



CHARLAS DOMINICALES



MÚSICA y toros!

¡Inútil hablar de otra cosa!

¡Vives y Belmonte son los hombres del día!

Del día y... de la noche. Porque

si Juan triunfa por la tarde, el otro maestro llena el teatro por la noche.

¡Estamos en los tiempos de Amadeo y don Juan!

¡Claro que el don Juan de Triana no es el don Juan de Reus!... Pero en lo de matar pronto al morito y en lo de tener un gran partido, ambos Juanes se asemejan un poco.

En cuanto a Vives se refiere, Amadeo es el rey... de la batuta.

"La villana" y "El trianero" son las obras de actualidad; y es tonto querer charlar de otra cosa.

La música y los toros tienen, aunque no lo parezca, una gran conexión y semejanza muy grande.

Las dos son artes de ritmo. El secreto, en música y en toros, estriba en *templar*. Una orquesta y una verónica, bien templadas causan el delirio en el público! Y no sólo hay que *templar*, sino que es preciso *mandar*. Por eso el músico empuña siempre una *batuta*, símbolo de autoridad y poder.

¡Y no hablemos del *compás*! Torero que toree con el *compás* abierto, no hará más que *desentonar*.

La música y los toros son artes gemelas. La cuestión, en ambas, está en *dar la nota*. Y Amadeo y Juanito la están dando continuamente. Son lo que pudieramos llamar la *clave*; palabra también musical y

taurina. (La *clave* de sol, en música; y la *clave* de sol y sombra, en los toros.)

Notas y pitones vienen, por igual, a herir nuestros oídos en estos actuales días.

Y hasta se auxilian y compenetran en varios momentos.

—Ya usted vé—me decía cierto simpático señor, nombrado asambleísta recientemente—. Hasta don Amadeo ha buscado para "La villana" un argumento taurino.

—¿Taurino?—hube de replicarle.

—Taurino, sí, señor. Toda la obra está basada en el "Peribáñez"... ¡Ya usted vé!... ¡Pobre Pacomio!... ¡Quién

le había de decir que se vería en *solfa*!...

Mi asombro, ante tales frases, no fué pequeño; pero me hizo pensar en que realmente existen relaciones *insospechadas* entre la música y los toros.

Sobre todo, si la música es un *paseo*. U otro *baile* cualquiera.

La unión es íntima. Además, no se concibe una corrida de toros sin asistencia de la *música*. Como, a su vez, no se concibe una orquesta que no traiga *mucho madero*; ni una sinfonía sin *Calderones*; ni una *banda* nocturna de cualquier pueblo, sin cuatro o seis *faroles*, por lo menos.

La música y los toros son la misma cosa. ¡Por algo, a los buenos toreros, les dan la oreja!... ¡Para que oigan!...

Por más que también los malos *oyen*. ¡Pero qué cosas *oyen*!...

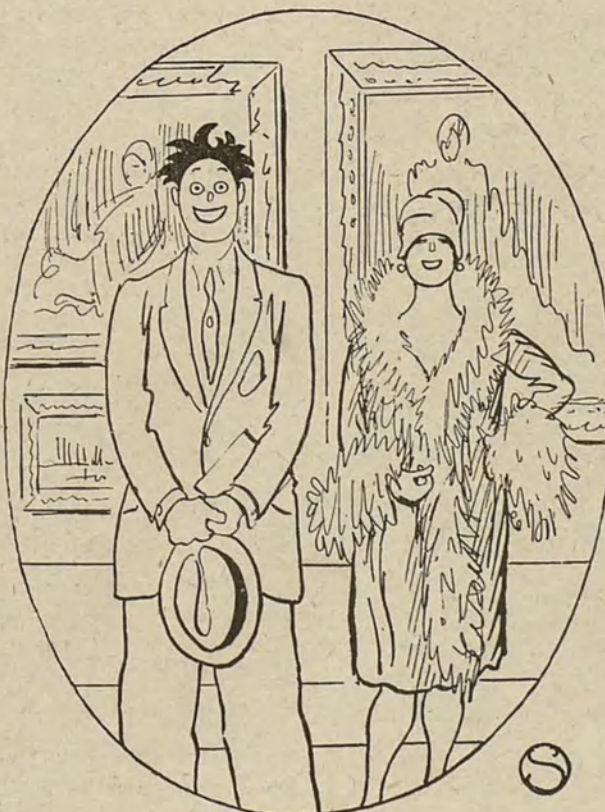
¡No hay duda alguna! La relación entre *faenas* y *corcheas* es estrechísima. Tienen razón algunos revisteros taurinos cuando dicen, por ejemplo: "El Niño de la Verruga" "instrumenta" cuatro verónicas colosales"... ¡Instrumenta!... ¡Esa es la palabra musical y justa!...

Lo cierto y positivo es que el nexo existe. En el pueblo de "pan y toros", lo del *pan* va siendo *música*. Y bien puede sustituirse una palabra por otra.

¡Música y toros!

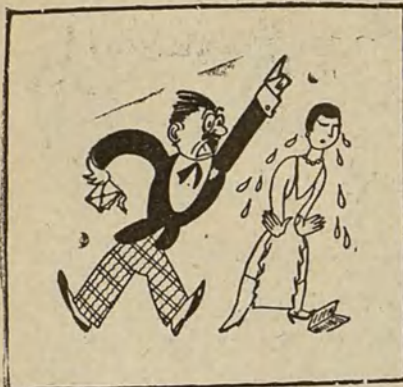
¡Vives y Belmonte!

¡Un don Juan que vale muchas pesetas; y lo que es más raro, un Amadeo que vale muchos duros!



Dib. SILENO. Madrid.

LUIS DE TAPIA



Los Bullangueros, El Pavón, Cartas de declaración y Gritos del corazón.

Dejen... dejen... No sabemos... Vimos la inauguración, sí; la del Pavón, sí; vimos Guerreros y Cadenas y Castillos; creemos que sí... pero no estamos seguros... Dejen ustedes que nos serenemos; por el momento nos bailan en la imaginación y no vemos otra cosa que tres señoras y un hombre que nos gustaron a cual más. El hombre resultó después que era una mujer vestida de hombre y nuestra reputación pudo así salvarse en una tabla.

Cuatro señoras: cuatro madrigales; cuatro cartas de declaración... Tute de asas... Decimos asas porque es el femenino de ases y porque hay donde agarrarse; y decimos tute... porque el tute es la consecuencia natural...

Dejen, pues, que nos declaremos, porque urge.

Primera carta de declaración. Señora doña Cándida Suárez: Señora, no sé si es usted cándida en efecto; nosotros por usted vivimos en candidez perpetua... Es usted de esas mujeres peligrosas que hacen soñar pero que quitan el sueño. Se la ve con esos ojos claros, con esa cara preciosa, tan de Virgen, se la oye a usted cantar como los ángeles, y está uno a dos dedos de hacerle varias novenas; pero resulta luego que todo eso es música celestial y que es usted una mujer de cuerpo entero. Las novenas entonces, se nos convierten a nosotros en décimas, en décimas de fiebre... Usted es de mucho cuidado. Las mujeres como usted, que parecen tan espirituales, no las puedo ver ni por el forro; sobre todo por el forro, porque el espíritu a veces va forrado en una forma o, por mejor decir, en unas formas, tanto más perturbadoras cuanto más cándidas, señora.

BAMBALINAS

DIABLAS Y TRASTOS

Segunda carta de declaración. Señorita Rosita Rodrigo: En cambio, usted no engaña. Así da gusto. (El gusto es el nuestro). Puede que luego, si a mano viene, tenga usted dentro del pecho un corazoncito más romántico que un acordeón, y aficionado a la lectura de los folletines sentimentales; pero así, a primera vista, la vista es de primera y tan retozona y tunante y sandunguera; tan de diablo pícaro y de resalada malicia; tan de gachonería salerosa y tan de sal y pimienta y jarabe y caramelo que nos entra la muerte chiquita, y el repeluzno vertebral, y el cosquilleo de San Vito. La cara es de lo más gracioso que se cría; y tiene su merced una manera de chisporrotear las pupilas y de entornar los ojillos y de bajar las pestañas, como si echara



OTOÑAL

—¿Qué haces con ese duro falso en la mano?
—Espero a que se le caiga la hoja.

Dib. FERVÁ.—Colmenar Viejo.

usted los toldos de la tienda; y tiene usted el hociquillo goioso tan requetuntado de frambuesa, y todo su volumen tiene una criollez tan de jalea y de jaleo, que nos tiene usted dentro la otra noche mermelada pura. Nosotros le mandamos la lata adjunta; no haga caso de la lata, que eso cae por fuera, y pruebe a untar nuestra admirativa mermelada en las medias tostadas de su uso particular.

Tercera carta de declaración. Señorita Anita Hernández: Pues anda, que ¡ya escampa! Chorreadito veníamos ya del chaparón femenino susodicho y nos faltaba el remojón que había de convertirnos en bizcocho de lo más beodo. Como habíamos podido admirar la buena crianza de Rosita Rodrigo, que está metidita en carnes, vino la empresa y se dijo: "Alternemos: después de las redondeces, las esbelteces. Tras de los pases de pecho y los pases en redondo los pases por alto y los de tirón o de estirón"; y apareció usted... Remolinete, ¡qué faena! Así acaba uno como para que le den la puntilla. Denos usted, de una vez—o de varias veces—una media y la puntilla; la puntilla de la "combinación" y una media lagartijera que nos despene para siempre. Porque estamos ya, señora, como para el arrastre... (Y que dispensen los lectores, si los hay, estos desahogos del alma. Pero si se dan una vuelta por Pavón se lo podrán explicar todo: la señorita Hernández sale en un tren, un tren mixto, mixto de plumas por salva sea la parte y de nada por salva sea la otra parte, y de malla por lo demás, que el qué malla es uno...)

Cuarta carta de declaración. Señorita Raisa Rodrigo: La vimos con pantalones de hombre y gafas que, aunque dicen que son de Concha, serán de Concha, el general, porque no

hemos visto nunca a las Consuelos con una bicicleta en las narices. La vemos a usted como si viéramos a una especie de Harold, y pese a todo y a las señoras que habíamos visto antes, se nos escapó un grito atroz: "¡Que me lo traigan!" El acomodador nos dijo que era usted una dama y no señor. Por muchos años, y nosotros que la veamos, porque tiene usted la simpatía, el encanto y la gracia como para ofrecerle la cuarta mano de las cuatro que poseemos. Y le ofrecemos la cuarta mano nada más, porque las otras tres se las hemos ofrecido a las otras tres señoras antedichas.

Admiramos también a la señorita Liana Gracián, bailarina contorsionista y caricatural; admiramos al barítono Sr. Manuel Villa; admiramos a Fernando Aguirre, y nos admiramos de que un actor como él, que sabe hablar, tenga que dedicarse a cantar, mientras se quedan en el verso tantos que lo canturrean; admiramos al maestro Guerrero, al hombre de la simpatía comunicativa, que fué conquistando palmo a palmo el entusiasmo de las gentes hasta llegar a las ovaciones clamorosas.

Pero al maestro Guerrero, sin embargo, tenemos que increparle; no hay derecho; presentarnos a las cuatro señoras citadas ya, y a treinta más que no son tonterías, y cuando estamos sin saber adónde mirar, salimos con el número "Por un bebé...", animado, gracioso, ingenioso, sí, mucho, y de gran salero, pero en el que nos dice: "Animesé... Casesé..." ¡hombre, por Dios! ¡váyase usted al mismísimo cuerno!... ¿Cómo quiere usted que nos casemos si no podemos hasta ahora casarnos más que con una y son cuatro las señoras que nos han vuelto tarumba? Y que se nos ha metido el temita del número en la cabeza y no hacemos más que repetirnos desde la otra noche: "Por un bebé... Animesé... Casesé... Por un bebé..." Por un bebé y hasta por un quitame allá esas pajas, seríamos nosotros capaces de casarnos con cualquiera de las señoras a quienes hemos dirigido cartas de declaración. Pero son cuatro las cartas y no sabemos a qué carta quedarnos...

¿A que nos quedamos *aprés*?

En el Infanta Isabel

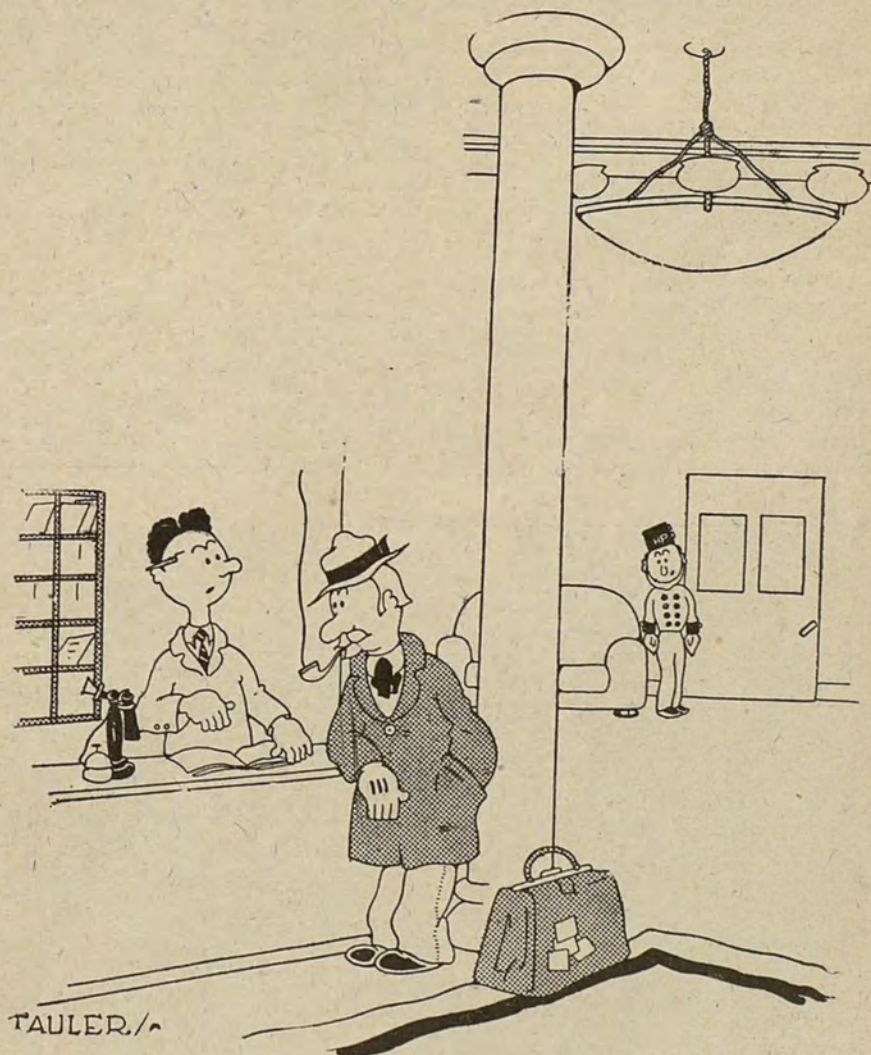
Dedicaremos otro día palabras más detenidas al estreno en el Infanta, de

la obra de los Quintero, *La cuestión es pasar el rato*. No podemos hoy porque la cuestión es que se nos pasó el rato entre unas cosas y otras. Bástenos consignar un elogio para la obra y para la interpretación. "En el teatro no suele ocurrir—dice un personaje de la obra— que un partiquino mate a las primeras figuras". Tampoco ha ocurrido ahora en el Infanta porque las primeras figuras de este teatro no se dejan matar tan fácilmente, pero tuvimos el gusto de ver a los señores Pedro Valdivieso y Pe-

dro González a la altura de los primeros, con todo y ser los primeros Mora, Sepúlveda, Suárez, Cuenca, Amparito Martí, Angelina Villar y la señora Bru, tan buena cómica siempre y tan señora hasta cuando coge un tablón (en las tablas, por supuesto)

MANUEL ABRIL

ALBERTO Pulseras de pedida
7, CARRETAS, 7



EN EL HOTEL.

Dib. TAULLER.—Madrid.

El gerente.—Sí, señor: son treinta pesetas, todo comprendido.
—El precio es lo que yo no comprendo.

"BUEN HUMOR" EN PARIS

CRONICAS ABSOLUTAMENTE VERACES DE UN VIAJERO REGOCIJADO

CXXVIII

La misión del buen cronista de París no es, como suele creerse erróneamente, la de dar una lata a los lectores, exponiéndose a que éstos den un bote y se arme un lío de tienda de ultramarinos, impropio de la seriedad del momento y de la importancia del tema. El buen cronista, si es caballero (aunque no lleve en el cinto espada), debe comprender que hay cosas de París que no deben ya tocarse, tales como la elegancia, la voluptuosidad y "La Marsellesa", so pena de que al que las toque se le califique de una manera tan ofensiva y apremiante como merece la persistencia en la monserga. Yo, que no he admirado jamás la elegancia parisiense, por la sencilla razón de que tengo un tío en Barcelona que es mucho más elegante que Briand (y me quedo corto, como los chaqués del propio Briand); yo, que tampoco he dedicado una sola línea encomiástica a la vida de placeres escandalosos y nocturnos que dicen que se prodigan en esta ciudad que, en brazos del vicio, desolada se abandona, porque he creído siempre que Pa-

ris es menos voluptuoso que Cáceres; yo, repito, me declaro libre de la responsabilidad que alcanza a todos los cronistas por hacer creer a sus lectores que la capital de Francia se viste mejor que nadie, se desnuda más pronto que la vista, bebe champán sin venir a cuento y canta "La Marsellesa" para dormir a los niños y para no dejar dormir a los mayores. Y como yo no he dicho nunca nada de esto, insisto en lo que apunté hace un poco: que el cronista que se estime en algo (aunque no sea más que en siete duros por crónica) no debe tocar el tema de la elegancia, ni debe tocar el de la voluptuosidad, ni mucho menos tocar para nada "La Marsellesa", que el lector que más y el que menos se la sabe de memoria y la toca cuando quiere, si es que quiere alguna vez.

París tiene una cosa mucho más atrayente que la elegancia, y es la cursilería, y, sin embargo, no ha habido un cronista que detenga su atención en este interesante aspecto. París es la única población del Mundo donde los caballeros usan sortijas falsas y, además, y para que la gente

vea que las llevan en todo tiempo, cuando llega el invierno se las ponen encima de los guantes, cuyos guantes suelen ser también falsos en su inmensa mayoría. Y no crean ustedes que esto es una exageración humorística: en París hay guantes falsos, y calcetines falsos, y camisetas falsas; y un servidor de ustedes compró anteayer media docena de pañuelos para la nariz, que resultaron falsos igualmente, pues no hice más que sonarlos y me convencí en el acto, si bien el comerciante se empeñaba en que la que sonaba mal era mi nariz, suposición tan ultrajante como inexacta, porque es de las que mejor suenan, según opinión de los inteligentes.

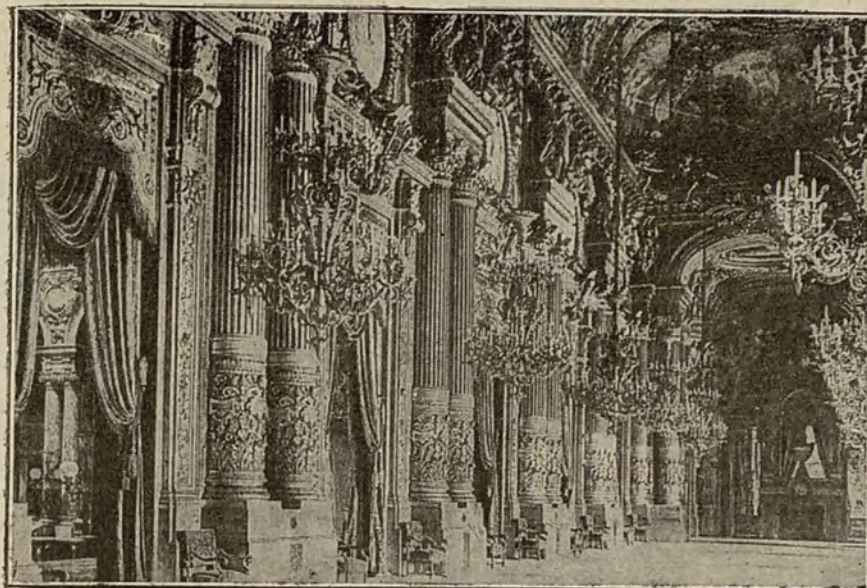
Y en cuanto a la voluptuosidad parisiense, proclamo con dolor que es otra historia tan tártara como la de la elegancia. Como detalle conmovedor apuntaré (y no tengo más remedio que disparar) que la totalidad de las modistillas usan medias de algodón y unos zapatos con un tacón tan bajo que le hubiese dado vergüenza llevarlo no digo a Luis XV, ni a Luis XIV, sino a Luis II y a Luis Candelas, y hasta a Luis Fernández, que es el Luis de menos altura que se me ocurre. De vez en cuando se atisban unas medias de seda y unos zapatos de cierto valor; pero, por desgracia, el cuerpo que adornan suele ser más antiguo que el cuerpo de alabarderos (y, desde luego, mucho peor formado) y no hay manera de tomar en consideración el asunto. Resumen: que aquí la mayoría de las mujeres fáciles no pueden ir a la moda hasta que han cumplido cincuenta años, que es cuando han hecho unos ahorrillos que las permiten darse un poco de pisto, cosa que nos obliga a reconocer que en París es mucho más fácil ser mujer fácil que tener dinero siendo mujer fácil, porque esto es muy difícil: ¡es difícil, y es fácil comprobarlo!... (Y ustedes perdonen el lío, pero tratándose de esta clase de señoras, el lío sobreviene sin darse uno cuenta.)

Lo que pasa en París es que el número de divorcios que se tramitan diariamente parece dar a entender que aquí se peca a todas horas y con el menor pretexto, y nada más lejos de la verdad. La gente se divorcia porque es facilísimo hacerlo y porque los



EL "BOULEVARD MAIESHERBES"

Via parisiense y anchurosa, que no ofrece más particularidad que la de que cada vez que la recorro me pongo de mal humor, no sé si porque es muy larga y me fatiga, o porque piso Maiesherbes, y me indigno como todo el que pisa esas cosas



EL ELEGANTE "FOYER" DE LA OPERA

*Un local que no está mal,
como ustedes pueden ver
pues, de tiempo inmemorial,
todo está igual;
parece que foyer.*

abogados no lo cobran caro, como me divorciaría yo y como se divorciarían muchos de ustedes (¡no me lo nieguen, porque me consta!) si en España nos dieran las mismas facilidades y nos ofreciesen la misma tarifa económica. Además, el que se divorcia es porque se ha casado antes (pensamiento checoslovaco e inédito), y la abundancia de divorcios en París no prueba más que la superabundancia de "primos" que antes han ido al altar. Y pueblo que se casa con esa facilidad, no puede ser jamás un pueblo voluptuoso y pecador. Por eso no lo es París, pese a lo que propalan sus admiradores; y, en cambio, lo es Madrid, donde la Diputación va camino de la riqueza más insultante sólo con los miles de millones que está obteniendo de las cédulas con recargo de soltería. Añadiremos, porque es de razón, que si en Madrid tuviésemos ley de divorcio, también nos casaríamos en mayor cantidad y con menos precauciones, que es, en resumen, lo que hace el hombre en París: ve a una conciudadana más o menos retrechera que le gusta, da la casualidad de que la hace tilín, se casa, y cuando se da cuenta de que, en vez de hacerla tilín, la hace tolón, sobreviene el "divorce" y aquí no ha pasado nada.

¿Estamos ya de acuerdo, queridos lectores, en que París no es elegante ni concupiscente, y en que hay que

presentarle en otros aspectos menos vulgares y más ignorados?... ¡Pues no se apuren ustedes, que, de hoy en adelante, leerán ustedes cosas de París que ningún cronista civilizado ha osado propalar jamás!...

Y como el movimiento se demuestra andando, voy a seguir sentado, con lo cual no demostraré el movimiento, pero demostraré lo que acabo de prometer, que es lo que interesa, y a lo que estamos, tuerta.

Verán ustedes...

CXXIX

Nadie ha dicho todavía que la torre Eiffel no es la torre Eiffel...

Y, sin embargo, no es la torre Eiffel...

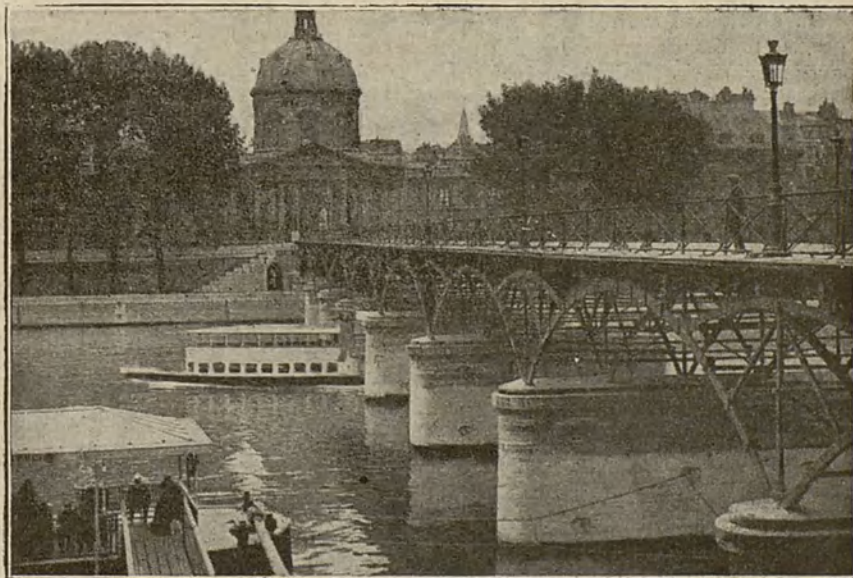
Me explicaré.

La torre Eiffel era de hierro cuando la hizo el señor Eiffel (o cuando la hicieron unos obreros porque se lo mandó el señor Eiffel, y además porque les pagaron los jornales, que si no, la hubiese hecho madame Rita).

Pasaron los años y se empezó a estropear el hierro: hoy este pilar, porque si la humedad; mañana estos pernios, porque si el calor; otro día esta barandilla, porque si las chinches...

Y para evitar cuestiones, se sustituyó un pilar, se pusieron otros pernios, se colocó una nueva barandilla...

Y siguieron pasando años, y conti-



EL PUENTE DE LAS ARTES Y EL INSTITUTO

Digamos con franqueza que ni el puente es puente ni el instituto es instituto. Porque el puente es una sencilla pasarela, que no admite más que peatones, y el instituto es ni más ni menos que la Academia Francesa, que tampoco admite cosas de mayor importancia. Creemos que ni peatones siquiera. ¿Que por qué le llaman instituto? ¡Y yo qué sé!... ¡Manías de esta gente de dar nombres raros a las cosas y a las casas!

nuaron estropeándose piezas de la torre, y se insistió en cambiarlas por otras nuevas.

Y ayer me decía un guardia, señalándome a la torre con emoción municipal:

—¡Muchos extranjeros como usted ignoran que hoy no hay un solo pedazo de hierro en esta construcción de los que se pusieron al principio!... ¡Todos han sido cambiados, y algunos dos veces!...

Abrió la boca y lancé ese grito gutural y escandaloso que lanzan los sabios cuando descubren algo, aunque no le importe a nadie.

Porque, en efecto, acababa de descubrir lo que he dicho al principio de esta sensacional revelación:

Que la torre Eiffel no es la torre Eiffel.

Y a ver quién es el guapo (o el simplemente agraciado) que me lo niega.

Lo único que me extraña es que los parisienses, que tanta importancia conceden a sus monumentos y tantos elogios innmerecidos les prodigan, hagan con la torre Eiffel lo que están haciendo.

Que es quitar hierro.

No me cabe en la cabeza, a pesar de lo grande que la tengo.

CXXX

El otro día se me ocurrió entrar en un café con el noble fin de comprarme una cajetilla.

Una expendedora bastante simpática me presentó unas cuantas.

Y, español al fin, me puse a manosearlas todas, procurando elegir la que me pareció más llenita. Que si ésta..., que si la otra..., que si aquella de más allá... Y pasaron tres minutos...

La expendedora sonreía.

Y, al fin, me dijo:

—Es para su señora, ¿verdad?...

No respondí, temiendo que si decía que no, me iba a poner en ridículo.

Porque, por lo visto, en las costumbres parisinas modernas entra la de ir por unos pitillos para la parienta mientras ella se echa la siesta republicanaamente.

Pero, como no hay mal que por bien no venga, he acabado por aprovecharme de esta moda para comprar tabaco más barato, que antes no adquiría porque me daba vergüenza. Desde el día de marras, penetro decidido en los "bureaux de tabac" y digo, fingiendo despreocupación:

—¡Un paquete de cigarrillos "caporal", de los económicos! ¡¡Es para mi señora suegra, que le gusta el tabaco fuerte!!

Y me fumó la cajetilla, bajo la responsabilidad de una madre política imaginaria y francesa, que no he tenido nunca, ni la Virgen Santísima lo permitía.

¿Qué les parece a ustedes?... Soy un miserable, ¿verdad?

Primero, por comprar tabaco tan barato, y segundo, por conducirme como un monsieur Durand (en español: Juan Lanas) de la menor cuantía que puede imaginarse.

CXXXI

Hace unos minutos he asistido a un espectáculo de penetración del pueblo con el Gobierno, que me ha enternecido de un modo tan idiota que se hubiesen ustedes reído lo suyo si hubieran tenido la fortuna de verme.

Transitaba yo por cierta calle aris-

tocrática y fina, que no nombro porque estoy ya cansado de hacer reclamos gratuitos, cuando llamó mi atención un corro compacto y estupefacto de personas que miraban con admirada curiosidad hacia el interior de un patio que desde la calle se divisaba. Al principio no vi nada, y después del principio, tampoco. Pero como el interés de los mirones aumentaba, y su asombrada efusión admirativa se hacía más espesa y murmuradora, acabé por reconocer que allí había algo... Y como allí no había nada más que unos calzoncillos puestos a secar en una distinguida cuerda, tuve que convenirme de que los fascinados curiosos no podían mirar más que a los calzoncillos susodichos... Y así era.

Uno de los admiradores de la prenda me dió la única luz que podía darme.

—¡Es que esos calzoncillos son de monsieur Poincaré!—me dijo, emocionado.

—¡Ah!—contesté yo, emocionado también, ante aquella devoción del gobernado por el gobernante.

Y aunque me pareció que lo que hubiese sido digno de verse en aquel momento no eran los calzoncillos sin Poincaré, sino Poincaré sin los calzoncillos, me guardé muy mucho de decirlo.

Aunque, desde luego, me enterneció brutalmente que en París produzca la misma emoción patriótica la bandera de Francia que la lavandera de Poincaré.

Un pueblo así puede ir a donde le dé la gana.

ERNESTO POLO

París.—Café Lavenue.—Octubre.

LA MUJER DE SU CASA

(Epopeya comprimida en tres momentos)

I

—Hartas de baile, dulces y bebidas, se fueron ya las gentes de la boda, que me han hecho las horas aburridas y han sido para ti la dicha toda.

Y hétenos al fin solos, vida mía, sin ojos indiscretos y sin ruido... Pero antes de que colmes mi alegría, te quiero preguntar: ¿te gusta el nido?

—La casa es muy bonita y espaciosa.

—¿Y los muebles?

—Preciosos, coquetones; dignos de figurar en los salones.

—¿No echas de ver que falte alguna cosa?

—Lo contrario de falta es lo que advierto.

—¿Algo que sobra?

—Cierto.

—Di lo que es y saldrá por la ventana.

—Déjalo, que no soy tan inhumana que quiera el primer día hacer el bú.

—Pero, dímelos ya: ¿qué sobra?

—¡Tú!...

II

Claro que es una broma...

O, al menos, el marido así lo toma...

Pero luego "tomó" una pulmonía porque de par en par la esposa abrió la puerta y el balcón y la ventana para barrer por tarde y por mañana...

Y por verter el agua del lavabo y poner la esterilla muy cochina decidió el maridito, al fin y al cabo, lavarse más allá de la cocina.

Métase a trabajar en donde quiera, o fume sólo por pasar el rato, allí van a ponerle escupidera como se pone su cajón al gato.

III

Y ¿a qué seguir, Teótimo querido, contando lo que el hombre sufre y pasa?

La mujer "de su casa"

no es nunca la mujer "de su marido". X. X. X.



El fotógrafo.—¡Mire usted aquí! ¡Que va a salir un pajarito!

Dib. SAMA.—Madrid.

UN TIMO INTERNACIONAL

Suponemos que ustedes saben lo que es un inglés. No aludimos a ese amable caballero que tuvo la gentileza de prestarnos una suma, que no ha sido devuelta por distracción indispensable entre personas de buena cuna y educadas en colegios caros.

He aquí a Mister Stepson: alto, como el grito de un sargento; rubio, como un tranvía; estirado, como un frac viejísimo (un frac viejísimo debe de ser tirado inmediatamente); tieso como un cadáver *muy muerto*; con el monóculo engatillado, fumando una pipa que despidе el mismo olor que emanaría de la cremación violenta de cien camas de pensión, verificada en pleno estío. Está metido en uno de esos trajes abominables, que no sólo no son elegantes, sino que hacen daño a la vista: tres metros de tela enmarañada que permaneciera veinte años debajo del colchón, sobre el que hubieran dormido juntos, y muchas horas diarias, D. Casimiro Ortas y don Matis Lara (Larita). Esto, el traje de ellos. Pero, ¿y el de ellas? ¿Han visto ustedes algo más absurdo que una inglesa andando por ahí con pase

de avestruz, buscando nidos en los aleros de los tejados, a través de unas gafas mal cabalgadas? ¿No parece que al salir de casa olvidaron meter el cuerpo (¡su cuerpo serrano!) en el vestido? Fuera del divertido Teddy, no hay quien lleve con dignidad esa indumentaria, mucho menos elegante que nuestra combinación casi griega de pelliza desabrochada, hongo café y paraguas en la mano con el varillaje autónomo. El alcalde, tan pulcro para el decoro humano, debiera prohibir andar por las calles céntricas a estos viajeros deslabazados desde las diez de la mañana en adelante.

Nuestro británico amigo está sentado en la terraza de un café céntrico, ante un velador que sostiene un vaso enorme de vino de España (Jerez de la Frontera, cualquier marca; la que mejor pague el anuncio). Tiene el empaque ridículo que adoptan los extranjeros cuando visitan Madrid; que es la misma tontería empinada que lleva un madrileño cuando va a Monteforte.

Fijémonos ahora en esa morenita graciosa, redondita, guapa y solomi-

llesca que va calle arriba arrancando loas a los transeúntes en honor de su distinguida prógenitora. La moza es jamón, es butifarra de Murcia, es chorizo de Pamplona y es una ración de callos a la madrileña. Ya habrán deducido ustedes que se trata de una exquisita dama del Triánón; una tanagrita delicada, propia para un rato de amor entre las fragancias de un parque romántico y de noche para poder *pasarla* un *sevillano* a la hora de la cuenta.

De lejos, vislumbra un velador, un vaso grande de vino de España, una pipa y un monóculo; y detrás de estos adminículos, un caballero con la exótica talla primaveral que la chica necesita. No hay ningún velador desocupado (el día que pueda decirse lo mismo de la Puerta del Sol a las dos de la mañana, España recobrará su Sol permanente). Por ello está explicado (y si no para eso nos tienen ustedes aquí), que la agraciada peatona interroge al británico con una sonrisa que si la hubiera conocido María Antonieta no la cercenar:

—Señor, ¿puedo sentarme aquí?

El señor.—¡Oh, sí. ¡Ah, yes!

La peatona agraciada.—Muchas gracias. (Segunda edición de la sonrisa égida, corregida por su autora.)

Unos segundos de silencio galante. De ese silencio especial de inefable voz. La gordita se baja la falda con esa maestría que consiste en subirla mucho más para acabar dejándola como estaba, y estaba como para que un inglés se convierta en un dependiente de ultramarinos del barrio del Terol. El del monóculo aprueba con un gesto delicado la faena; elabora otro gesto admirativo para la morbidez de las graciosas extremidades, y la propietaria tiene también su gestecillo que quiere decir: "Este socio es de mi club."

La socia (al camarero, para que el inglés no crea que ha caído en un corral).—A muá, un te con fible y con tea.

Sonríe el de Albión magníficamente como un Lord Byron que viera derrumbarse sus versos en los labios de un aficionado del Centro Regional, y pregunta:

—¿No gustar el vino de España, señorra? ¿Se dice señorra?

La señorra.—Según, y conforme. ¿Cómo se dice una señora en London?



Dib. CISNEROS.—Madrid.

—¿Vas a pintar un aeroplano?... Acaba pronto.

—Sí, hombre, sí; lo pinto volando.

El de London.—Leidi. Se escribe lady.

La de acá.—Pues a una jovencita se dirá ladyllita, ¿no?; y en Madrid a una jovencita se dice señorita. Se escribe...—mojando el lápiz en la punta de la lengua y ladeando la cabeza.

El inglés (que es un pelmazo).—¿Gustar el vino de España?

La muchacha.—Mire usted, lady-no: mi papá agarraba los sábados unas trompas de tintillo de la tierra que aquello no era un señor, era una tinaja de Navalcarnero. Y entre él y mi mamá, que así los tablonos de Cazalla de la Sierra, convertían mi domicilio en un seminario, del que salían los chicos de arzobispos para arriba; aquello era una fábrica de cardenales. Así que yo, ¡ni guñios! Como no sea en una orgiata en la Cuesta..

El inglés (desencantado).—¿Perro usted no hablar español?

La aguada.—Más limpio que Cristóbal Colón.

Se ve venir un caballerito de industria (de industria, comercio, artes y oficios, comisiones y representaciones). Tiene una cara de sinvergüenza que entra en Ocaña y los huéspedes se abrochan, se embozan y le llaman de usted. Lleva en la mano un perrito que es una deshonra para el gremio, por lo sucio que está. Pregona su mercancía diciendo: "¡Lo vendo! ¡Lo vendo!", con una voz tan irritada que un corto de oído podría entender: "¡Lo ahogo! ¡Lo ahogo!" Se acerca a nuestros amigos, que al parecer ya se han entendido, porque semejan una aproximación hispanobritánica, y lanza su pregón malhumorado: "¡Lo vendo! ¡Lo vendo!"

Coge la chica el perrito como si fuera un bichito no catalogado aún y dice:

—Huy qué rico; mira, si se parece a mi casero, que es chato. Qué chico es, ¿verdad?

El inglés.—¿Qué es chico?

La moza.—Aquí a lo que es pequeño lo llamamos chico.

El facineroso.—Cómprele, señorita. Se puede llevar en el bolso. El irá muy contento ahí, con las perras. Circuenta pesetas nada más.

La gordita interroga el bolsillo y devuelve el perro con el mismo gesto de desaliento que hacía su patrona cuando intentó—tarea vana—enseñarla a leer.

—No tengo bastante.

El inglés (dándose cuenta de que está en España).—Señorita, ¿querré el perro? Yo convido.

La señorita agradece la fineza con una mirada que si en lugar de ser destinada a un inglés le toca al Círculo de Bellas Artes se derrumba.

Paga el de London. Le acomete a su compañera una prisa inusitada y queda sólo el inglés, con quien se encara el camarero, que ha oído los últimos versos del poema:

—¿Pero la ha regalado usted el perro? Si son una pareja de sinvergüenzas...; padre e hija. Ese perro ya se lo han vendido a treinta ingleses, veinte americanos, diez japoneses, ca-

torce austriacos y a un recaudador de contribuciones de Alquíte, que vino sólo tres veces a Madrid y las tres se la han endiñado: cuando se despidió Belmonte, cuando se retiró la pastora y cuando compró el canelo, su compañero de pelo.

El inglés sonríe muy gentilmente. Saca una libreta de notas y condensa en ella una impresión de viajero:

"En España, la vida es fácil. Vive una familia con un perro chico."

JOSE ANDRES MORENO



Cuesta
PARIS

Dib. CUESTA.—PARIS.

—Tome estos diez céntimos, pero no se los gaste en vinazo.
—Si le parece a usted me los gastaré en champagne.

MI VISITA A LOS DOMIN

TERCERA PARTE DE LA

LOS "PANNEAUX" DEL INFIERNO

Lucifer oprimió nueve veces el timbre de la puerta, pero la puerta no se abrió.

Llamó diecisiete veces más. A la media hora de esperar, abrieron por fin.

—¿Por qué han tardado tanto en abrir?—le pregunté a Pedro Botero.

—Usted olvida que estamos en el Infierno, rodeados de gente perversa. Nos han hecho esperar para que pasemos un mal rato.

—¡Ah, ya!

El grupo de condenados avanzó y yo avancé formando parte del grupo. Nos hallamos en el Infierno destinado a los infernales de los años 1900 a 1927. Era un salón inmenso. Mirando a la lejanía se perdía la vista, pero como era fácil encontrarla, todo iba bien.

El salón estaba decorado con grandes "panneaux", que el Diablo fué explicándome al pasar.

—¿Ves?—me dijo—. Estas pinturas tienen por objeto hacer propaganda contra la bondad humana. Aquel "panneau", en donde aparece un pobre andrajoso que va a casa de un rico a devolver una cartera que se encontró en la calle y que vuelve a su miseria mientras el rico sigue en su opulencia, es un ataque a la honradez. Ese otro, que representa una señora gorda que lee entre bostezos la hoja de un almanaque de pared, significa que la virtud acaba siempre en la obesidad y en el aburrimiento. Aquel otro "panneau", en donde se ve a un hombre envejecido, reumático y triste, demuestra cuál es el fin de los hombres que se sacrifican por su familia. Este otro, que representa un individuo aplastado por los pies de una multitud, simboliza lo que les sucede a las personas cordiales y bondadosas. Aquí, en este díptico, se puede apreciar cómo el hombre ignorante

alcanza la fama y el prestigio y cómo el hombre sabio muere oscuro y despreciado...

El Diablo siguió hablando durante seis horas hasta explicarme todos los "panneaux" del Infierno, y al acabar yo estaba bastante fatigado, y luchando entre la perspectiva de creer en la maldad y la perspectiva de creer en la bondad. Le expliqué al Diablo que las pinturas no habían acabado de convencirme.

—No te han convencido —replicó—, pero te ha ocurrido otra cosa que aun te va a hacer sufrir más que el convencimiento de que se debe ser malo.

—¿Qué cosa es esa?

Y Satanás repuso lacónicamente:

—La Duda.

LOS TORMENTOS DEL INFIERNO MODERNO.

A continuación, el Diablo se afianzó el monóculo sobre su seductor semblante y comenzó a explicarnos cuáles eran los tormentos a que hallábanse sujetos los condenados del Infierno moderno. Estos tormentos eran más terribles, más refinados y más lógicos que el clásico tormento del fuego.

Por ejemplo, nos mostró un grupo de condenados.

—Estos son músicos selectos, verdaderos artistas del pentágono, y mirad cómo les atormentamos.

El grupo de condenados al Infierno, entre los cuales reconocí al maestro Granados, se hallaban amarrados a unos sillones, alrededor de una orquesta. Sus caras revelaban una terrible angustia.

—¿Por qué sufren?—interrogué.

—¿No lo oyes?—repuso el Diablo—.

La orquesta ejecuta sin cesar música del maestro Alonso...

Aquello era tan diabólico, que no



—¡Pero, hombre!...: ¿pesca usted de noche?
—Es que para cebo uso gusanos de luz.

(1) Vean ustedes los dos números anteriores de BUEN HUMOR y se convencerán de que esta es la tercera parte.

LO QUE ES EL INFIERNO

MINIOS DE LOS DEMONIOS

E LA GRAN AVENTURA (1)

pude por menos de estremecerme.

En otro lado del salón estaban agrupadas las personas habituadas al lujo y a los refinamientos. Entre ellas se paseaba constantemente un antiguo

aguador cogido del brazo de un pintor bohemio.

Más allá, unos miles de hombres inteligentes se veían obligados a charlar animadamente con otras tantas señoritas casaderas.

Al fondo, muchos condenados (grandes jugadores de ajedrez en vida) soportaban el suplicio de ver jugar a dos demonios una partida de ajedrez interminable, sin que ellos pudiesen intervenir en la partida.

A la derecha se alzaba un jaulón, y ante él se apiñaban un millar de condenados ceñidos con camisas de fuerza. Eran los hombres que habían pecado por la lujuria. Todos sufrían terriblemente. Nos acercamos y vimos que el interior del jaulón, y por escotillón, aparecía una mujer bellísima vestida de calle. Esta señorita se desnudaba lentamente, y cuando lo había efectuado desaparecía, y surgía otra no menos bella que hacía lo mismo, desaparecía y le cedía el lugar a otra, que, una vez desnuda, se iba también por el escotillón y era sustituida por una compañera.

—¿Cuántas señoritas aparecen y desaparecen al cabo del día?—pregunté.

—Setecientas sesenta y ocho—dijo el Diablo.

—¿Y todas diferentes?

—Sí.

—Pero ¿no decías que apenas tenías mujeres bellas en el Infierno?

—Es que estas señoritas viven en la Tierra; tengo en el jaulón un sistema de espejos por medio del cual se refleja en él lo que suce-

de en todas las alcobas del Universo..., siempre que esas alcobas pertenezcan a mujeres bonitas.

Comprendí que el Diablo decía la verdad, porque la señorita que estaba desnudándose en aquel momento era una antigua conocida: la vecina del principal.

De pronto, al ver una infinidad de automóviles que corrían velozmente por entre la multitud que llenaba el vasto salón, le pregunté a Lucifer lo que aquello significaba.

—Son unos autos especiales—contestó—que tienen la propiedad de no poder atropellar a nadie. Los que los conducen son condenados que, en vida, eran *chauffeurs*, profesionales y *amateurs*, y su suplicio consiste en eso: en atravesar por entre la gente sin poder atropellar a nadie.

Luego añadió:

—Y esos charcos de barro que hay ahí, y al lado de los cuales se hallan de pie algunos condenados, sirven para que los autos les salpiquen al pasar. Por lo general, manchan a gentes muy cuidadosas de la ropa.

Vi muchos suplicios más; muchos. Pero la lista sería imposible. Además, cuando Lucifer notó que a mí me divertía tomar notas de todo aquello, me arrancó la pluma y las cuartillas y me entregó una zambomba.

—Toma—gruñó—. En esa zambomba tienes que interpretar eternamente el *allegretto* de la "Sinfonía VII" y el *Adiós a la vida*, de "Tosca".

Y dicho esto desapareció, calándose de nuevo el monóculo.

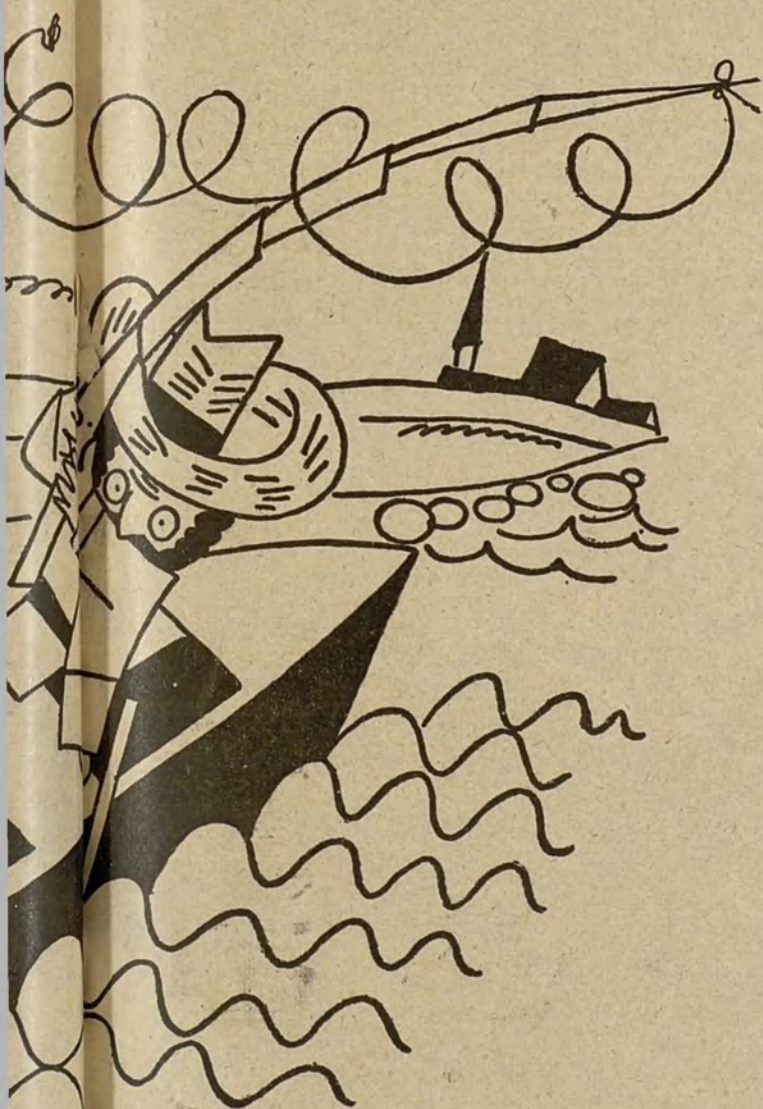
Si ustedes quieren algo de mí, ya saben dónde me tienen tocando la zambomba.

FIN

ENRIQUE JARDIEL PONCELA

SEÑORITAS Después de depilarse

Usen la CREMA FRICOT



Dib. VARÉ.—Paris.

de noche
luz.

¡ESA MODA, NO!



Después de pasear en el vapor:

—Oye. ¿Pero te vas a quedar con la vuelta del duro?

—¡Hombre! ¡Como decías que te pondrías malo si te daban otra vuelta!

Dib. GARCIA ICAZA.—Valladolid.



—Los ojos tan negros son heredados de mi padre.

—¿Qué oficio tenía?

—Era boxeador.

Dib. SÁNCHEZ VÁZQUEZ.—Málaga.

Lector de BUEN HUMOR: Sabrás, amigo, que en las "Curiosidades" que publica un popular diario, no hace mucho leí que está extendiéndose estos días el consumo de dulces fabricados con rosas y violetas, ¡cosa rica!

Venidas de la Arabia, en Londres venden mermeladas diversas y exquisitas, fabricadas con pétalos de flores. Hacen *sandwichs* (¡rediez!) con capuchinas (no con monjas, con flores de esa clase) en Chicago, en París y en Cercedilla, haciéndolos también con hierbabuena finamente picada y extendida sobre unas rebanadas de pan duro con sabrosa porción de mantequilla.

Asimismo, he leído que el tubérculo de la dalia es muy rico, y que en la China cocineros existen que dan sólo platos hechos con flores en sus listas. ¡Quién nos iba a decir que la violeta pudiera reemplazar a la salchicha!... Recien nacido yo, según me han dicho, jarabe diéronme de peonía; mas luego, francamente, no me acuerdo de haber comido flores en mi vida, ni las pienso comer, y eso que a veces hay *Rosas* por el mundo y *Margaritas* que, aunque no se estilase comer flores, cualquiera al natural se las comía.

Si aquí llaga la moda y es preciso, en lugar de comer patatas fritas, comer lirios en salsa o madresevas con aceite y vinagre, dará risa ver que alguno, llamando a su criado, le dé cinco pesetas y le diga:

—Anda, vete y encárgame un almuerzo en el puesto de flores de la esquina—.

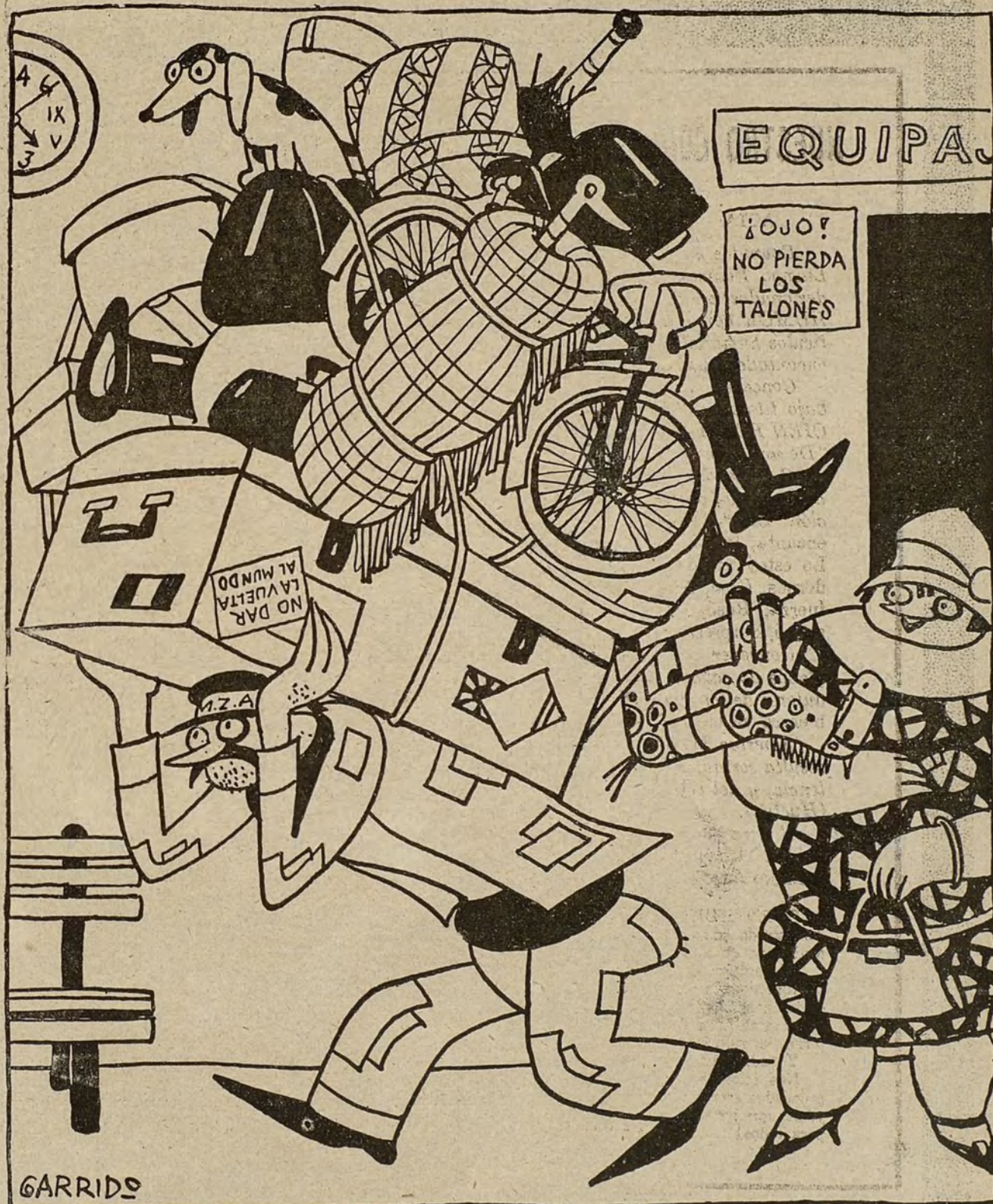
Aquí lo malo está en que las patronas, si llegan a saber que eso se estila, flor de malva darán a los pupilos en lugar de bistés o albondiguillas

¿Que si yo he de imitarles? No. Prefiero medio kilo de pavo en galantina a unos cuantos nenúfares guisados o a una fuente de azules campanillas que empiecen a sonarme en las entrañas cuando menos lo espere. ¡Sigan, sigan comiendo flores otros! Como hay muchos que están locos de atar, ¡quizá algún día del frac en el ojal, en vez de un nardo, se prendan un pedazo de cordilla!

¡Buen humor hace falta, caracoles, para dar en tamaña tontería! Mejor es el jamón que el crisantemo.

¡En serio BUEN HUMOR lo certifica!

JUAN PEREZ ZUNIGA



GARRIDO

Dib. GARRIDO.—Madrid.

—¡Qué atrocidad!... ¡Esto, más que un mozo del Mediodía, es un bárbaro del Norte!

NUESTRO CONCURSO DE ARTICULOS HUMORISTICOS

FALLO DEL JURADO

ACTA

Reunidos en Madrid, en amor y compañía, los señores D. Antonio Luengo Reinoso, D. Marcelino Soriano Atana y D. Emilio Cabrera, designados, previo sorteo, por la Redacción de la revista satírica BUEN HUMOR como Jurado que ha de dictar el fallo en el Concurso de artículos humorísticos organizado por el mismo semanario, acordamos por encantadora unanimidad:

Conceder el primer premio, de DOSCIENTAS PESETAS, al trabajo titulado "Tragedia prehistórica", lema Kis-Kis, y el segundo, de CIEN PESETAS, al que lleva por lema Los hijos de Beard y por título "De un libro de Memorias".

Recomendar para su publicación en el citado semanario, por los aciertos que contienen, los trabajos cuyos lemas se señalan a continuación: Sonata en re-Dómine labie mea, La pobre viuda, El amor que encanta, Puyacitos, Humorismo húngaro, De abrigo, Arés, Un García, Lo estoy viendo, Ajilis mójilis, Cuando pasan rábanos, Ladrones modernos, Goal, Mig, Manolo, ¿estás loco?, ¿Qué pasa en Cádiz?, A la fuerza, Rosó, Gosol, 24; Las gafas irónicas, Aquellos polvos..., Se acabó, Sorpresa, Uno más y De dos colores.

Conceder dos accésits, consistentes en dos hermosos y elegantes globos de colores, para que sirvan de estímulo a la labor futura de los autores de los trabajos cuyos lemas son: El besito de la difunta y ¡Qué bien se va en bicicleta!, declarando desierto los accésits restantes.

Abiertas las plicas correspondientes a los dos trabajos premiados, resulta ser autor del primero D. MIGUEL CALVO ROSELLO, de Valencia, y del segundo, D. JOSE LOPEZ RUIZ, de San Juan del Puerto (Huelva).

Y para que así conste, lo firmamos con plumas estilográficas en Madrid, a 14 de octubre de 1927.—ANTONIO LUENGO REINOSA.—MARCELINO SORIANO ATANA.—EMILIO CABRERA Y MORI.

BUEN HUMOR agradece profundamente a los señores del Jurado el interés demostrado con ocasión de nuestro Concurso, y les envía desde estas columnas el testimonio de su gratitud imperecedera.

Los autores de los trabajos que han sido recomendados deberán entenderse con la Administración de esta Revista, a la que habrán de dirigirse epistolarmente, acerca de las condiciones de su publicación. En cuanto a los no premiados, pueden recoger sus originales en el plazo de un mes a contar del día de mañana. Pasado este tiempo serán destruidos.

Y nada más.

Nos felicitamos del éxito de nuestro Concurso, y advertimos a los señores no premiados esta vez que no desesperen. Tenemos en la imaginación una serie de proyectos que iremos dando a conocer poco a poco. ¡Calma, señores, calma, que habrá para todos!

CHINOLOGIAS

Las excelencias, virtudes y maravillas de la China y de los chinos han sido contadas y descontadas desde los tiempos más remotos.

A todos estos apologistas asistió razón cabal. Vayan algunos ejemplos, capaces de sorprender a las almas más ecuanímes y menos susceptibles de entusiasmo.

Ya en el siglo IX de nuestra Era los chinos conocieron y practicaron el socialismo tal y como lo practicaron Jaurés y Julio Guesde en Francia, el primero a costa de su vida. El ensayo fracasó a los pocos años de implantado, lo mismo que los procedimientos de Marx, Lassalle y sus secuaces de Europa.

El ejército chino, a quien maltrataron injustamente algunos publicistas superficiales durante la guerra ruso-japonesa, es objeto de los mayores desvelos por parte del mandarinato militar. Cada grupo de ocho o diez hombres está provisto de un enorme estandarte multicolor, como medio eficazísimo de enardecer el furor bélico de los combatientes. Cada soldado chino dispone de un magnífico paraguas, y en verano de un buen abanico, para remediar los ardores del ambiente tórrido que los envuelve. El soldado chino teme la lluvia más que la metralla.

En la batalla de Pinyang los chinos abrieron sus magníficos paraguas, se acomodaron la empuñadura al cuello y se preservaron del agua que caía. En cambio, ofrecieron un magnífico blanco a los japoneses. Nadie puede dudar, sin embargo, de que consiguieron su designio, el cual, sin duda, no era salir vencedores, sino preservarse de la lluvia.

A los cirujanos que realizan en China operaciones funestas se los considera como homicidas, aplicándose la ley con todo rigor. Solamente se les consiente operar cuando están seguros del buen resultado final de su obra. Si los occidentales imitáramos a los chinos en este respecto, la medicina operatoria desaparecería en brevísimo plazo, para consuelo y alivio de la humanidad doliente.

Los chinos son el pueblo mejor educado del Universo. Cuando un chino se presenta en casa de un amigo, éste le dice con la seriedad mayor: "Si hubiera sabido que venía usted a verme, habría subido al tejado para verlo llegar desde más lejos."

A la petición de mano de una doncella el papá de la dama contesta siempre con palabras humildísimas y deprimentes: "La elección de mi hija que usted se ha dignado hacer para esposa de su hijo—dice aquél—me demuestra que usted estima a mi insignificante familia mucho más de lo que en realidad merece. Mi hija es estúpida, grosera y zafia. Me ha faltado el talento necesario para educarla, lo reconozco. Sin embargo, me honro y enaltezo muchísimo acomodándola en esta ocasión a los deseos de usted."

Los chinos beben líquidos calientes en verano y escriben de derecha a izquierda en líneas verticales; usan el color blanco cuando están de luto; comienzan las comidas por el postre, para acabarla por la sopa, y aban-

donan la mesa en cuanto lo ingieren, porque las conversaciones de sobremesa son para ellos anteriores a la comida.

En la mayor parte de sus prácticas las costumbres chinas son la antítesis de las nuestras.

¡Quién sabe, sin embargo, si nos enseñan la sabiduría, y nosotros tenemos la vanidad de no acogerla!

Más modesto y más dócil que nosotros, el filósofo Diógenes perfeccionó aquella virtud viendo beber agua a un muchacho que no necesitó cacharro para cogerla, haciendo uso del hueco de las manos juntas.

Los chinos contradicen también, por sus diferencias esenciales con los demás pueblos del Universo, el proverbio italiano según el cual "Tutto il mondo e fatto come la nostra famiglia".

C. R. SALAMERO



Dib. FERRER.—Madrid.

—¿Por qué le pega usted?

—Porque es un sinvergüenza. Ayer fué a correr un "cross" de Madrid a Vallecas y ahora porque le mando por aceite de ricino pa purgarlo no quíe bajar la escalera.

EL LADRON DE TRENES

—Se han contado numerosas historias de ladrones de trenes—comenzó diciéndome Higinio Picatostoso—; pero la mayoría, por no decir todas ellas, son historias de ladrones vulgares. Siempre es lo mismo: el señor que va en el coche de primera clase y que siente de súbito, al mismo tiempo que apagarse la luz de su departamento, una voz que le dice una de estas tres cosas: ¡Arriba las manos!, ¡La bolsa o la vida! o ¡Caballero, tenga la amabilidad de entregarme su cartera! Entonces el atracado intenta hacer uso del timbre de alarma y el ladrón le advierte con una sonrisa que no funciona ni ha funcionado nunca. No le queda, pues, más remedio que entregar su cartera a aquel hombre desconocido—tocado casi siempre con una gorra a cuadros—y que, una vez cumplida su misión se arroja de un salto a la vía.

—En efecto—le respondí—, conozco artículos, cuentos y aun sucesos que ocurrieron tal y como usted dice. Por eso, si alguna vez viajó, llevando conmigo más de cuatro pesetas, no iré más que en tercera. Es muy difícil que uno de esos ladrones se presente en un coche de éstos, decidido a desvalijar a sus ocupantes, no obstante mi convencimiento absoluto de que tan mal funcionan sus timbres de alarma como los de primera clase.

—Absolutamente de acuerdo—me dijo Higinio Picatostoso—; pero si he sacado la conversación de ladrones de trenes es para referirle a usted un caso que se aparta de lo corriente.

—Soy todo orejas; hable usted.

—No creo que ignore nadie que yo soy un hombre que ha viajado extraordinariamente. En varias ocasiones me he recorrido la Península desde Finisterre a Gata, o sea lo que se llama de cabo a cabo, y por si esto fuera poco, durante la época de la gran guerra hice dos viajes a Cuenca, y en tren mixto. Total: quince o dieciséis años bregando con la carbo-nilla, con los retrasos de trenes y con los mozos de estación. Pues bien; sólo una vez he conocido al verdadero ladrón de trenes; las demás fueron esos malhechores sin importancia a que le he aludido a usted antes.

Acabábamos de salir de la estación de Membrillález cuando noté que la marcha del convoy disminuía poco a poco. En esto oí gritos y vi que los viajeros se apeaban precipitadamente.

¿Qué había ocurrido? Había ocurrido que el maquinista acababa de hallar, colocado junto a la vía, el siguiente aviso: ¡Atención! ¡Cuidado! Se advierte a los viajeros que por estos andurriales anda Cicuéndez, el famoso ladrón de trenes. Pasad con precaución y abrochense.

Hubo consulta acerca de si debíamos o no seguir el viaje, ya que el nombre de Cicuéndez ponía espanto en todos los corazones. Unos viajeros optaron porque retrocediese el tren hasta el punto de partida, y otros, más valerosos o más insensatos, optaron por seguir adelante. Al fin, tras de muchas deliberaciones, acordamos pasar allí la noche, y según las noticias que tuviésemos al día siguiente ver lo que debería hacerse.

Dicho y hecho; nos tumbamos en medio del campo y dormimos a la intemperie. Apenas amaneció, la pareja de la Guardia civil y dos viajeros que pertenecían al Somatén de Cogolludo, hicieron una exploración por los alrededores; como no encontrasen huellas de Cicuéndez, decidimos continuar el viaje. Montamos en los coches y el tren se puso en marcha. Todos los viajeros íbamos preparados, mirándonos unos a otros, puesta la mano en el bolsillo de atrás del pantalón.

Las dos primeras horas transcurrieron sin incidentes, ya que no puede calificarse de tal el hecho de que al abrirse de súbito la portezuela de un coche y aparecer un hombre en el estribo recibiese cincuenta y dos disparos en la nuca. Cuando recogimos el cadáver nos dimos cuenta de que acabábamos de asesinar al revisor.

Lo enterramos y prosiguió el viaje.

No puedo precisar cómo ni cuándo hizo su aparición Cicuéndez. Sentimos de pronto una voz que nos gritaba: "¡Arriba las manos!", y que una pistola nos apuntaba frente a frente. El ladrón de trenes nos hizo sacar todo el dinero que llevábamos en nuestros bolsillos, y cuando lo tuvo en la mano sumó el importe. Nos lo devolvió. Entre todos los viajeros no llevábamos más de seis duros.

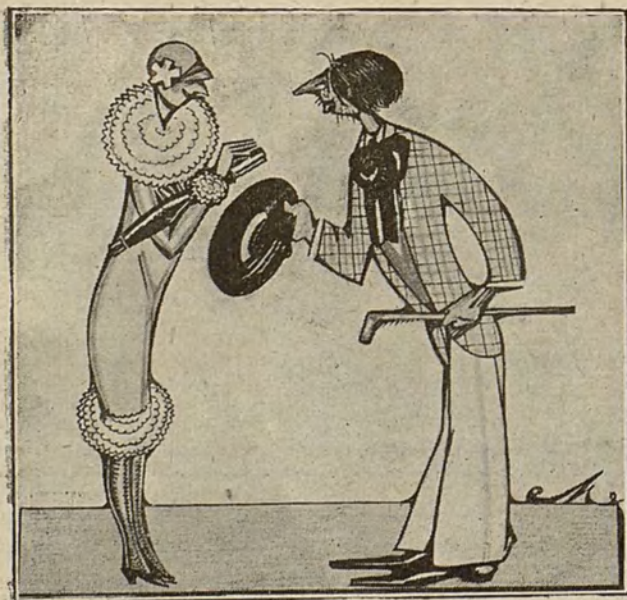
—Es muy poco—se disculpó—. No puedo robar por tan poco precio... Veré si encuentro algo más valioso.

Y dicho esto desapareció en el misterio de la noche.

—¿Entonces, no se llevó nada?—le atajé a Higinio Picatostoso.

—Nuestro, no; pero de la Compañía, sí. Cuando llegamos a la estación de término, nos dimos cuenta de que la locomotora—una hermosa máquina que valdría cerca de seiscientos mil pesetas—había desaparecido.

Y no hubo manera de encontrarla.



—Me parece que le acuerdo... ¿No comió usted en "El Universal" el año pasado?

—El año pasado, señorita, yo no comía en ningún sitio.

Dib. MONDRAGÓN.—
Barcelona

MANUEL LAZARO

Chistes de todo el mundo

El turista.—¿De qué precio son las habitaciones?

El dueño del Hotel.—En el primer piso, 50 pesetas por día; en el segundo 30, y en el tercero, 25.

El turista.—Lo siento. Su Hotel no es lo bastante alto para mí.

De Cornell Widon.

—No te preocupas más por las diez pesetas que te presté.

—¿Qué; ya no quieres que te las devuelva?

—No, no es eso. Es que no vale la pena que los dos estemos preocupados.

De Weslegan Wasp.

Una mujer que llevaba un perrito en el brazo, iba en un autobús por la calle de Park Lane, en Londres. Todo el camino molestaba al conductor preguntándole cuándo pasaban por el número 128, una casa que se hallaba al final de la calle. Cuando el autobús llegó a dicho número el conductor paró el vehículo creyendo que la mujer quería bajarse. En lugar de bajarse, se asomó a una de las plataformas y levantando el perrito en sus brazos dijo:

—¡Mira, Fido! ¡Esta es la casa donde tu mamá nació!

De Ziffs.

—No me gusta jugar con uno que tiene mal perder, ¿y a ti?

—Yo prehero jugar con uno que tiene mal perder que con el que gana siempre.

De Ghost.

Un inglés estaba enseñando a un estudiante americano los principales edificios de Londres sin despertar su admiración.

ONYX

arniz REFLECTOR, el mejor para las uñas.

LA VARIEDAD EN LAS PELÍCULAS YANQUIS

Grand Drama Social



El secreto...

Película Impresionante



...de la popularidad...

SOBERBIO FILM HISTÓRICO



...de las películas norteamericanas...

DRAMA DE AVENTURAS



...reside en la infinita...

LA PELÍCULA DEL AÑO



...variedad de...

Serie Educativa



...sus temas.

De El Hogar.—Buenos Aires.

Quando llegaron enfrente de uno de los mejores, dijo:

—¿Qué le parece a usted de esta construcción?

—Bien—contestó el estudiante—; pero es un solo edificio. Podría enseñarle a usted cientos como este en New-York.

—No lo dudo—dijo el inglés—, molesto—. Este es un manicomio.

De Birmingham Weekly Post.

—¿Has traído algún recuerdo de tu viaje?

—Sí; he traído a casa una toalla, un baño, un termo y unas sábanas.

—Vamos, has traído una habitación completa del hotel.

—No. Ya lo intenté, pero no pude con ella.

De V. of S., California, Wampus.

—Es una señora muy caritativa. Dicen que jamás su mano derecha sabe lo que hace la izquierda.

—Ahora comprendo por qué toca el piano tan horriblemente.

De New-York American.

Un profesor, al entrar en su clase, se encontró con su caricatura dibujada en la pizarra. Volviéndose hacia el alumno que estaba más cerca, le dijo malhumorado:

—¿Sabes quién es el responsable de esta atrocidad?

—No, señor—replicó el alumno—; pero sospecho que fueron sus padres.

De Woo Do.



DEL BUEN HUMOR AJENO



Consecuencias de no haber sido asesinado, por Rodolfo Bringer

Entre las infinitas personas que llevaban fama de honradas y merecedoras de la estimación de las gentes de aquel pueblecito de Saint-Honoré, tal vez el bueno del señor Courtleux se llevase la palma.

Comerciante retirado de sus negocios, dueño de una posición económica bastante desahogada, simpático y ya entrado en años, el señor Courtleux gozaba del cariño de todo el mundo. Vivía completamente solo, ya que su hija, casada el año anterior con un comerciante de un pueblo próximo, residía en el lugar donde su esposo tenía el establecimiento, y él mismo se bastaba para atender a sus necesidades. No tenía criado alguno, y sólo de vez en cuando utilizaba los oficios de la portera de su casa para que le hiciese algunos encargos, que ella realizaba muy gustosa, ya que era la primera en reconocer que su inquilino, el señor Courtleux, era uno de los hombres más agradables del Mundo.

Y como era hombre franco, dotado de un carácter alegre, enemigo de murmuraciones, servicial y bondadoso, todo el mundo se desvivía por atender-

le. En la panadería, en la carnicería, en la tienda de comestibles, en la de carbón y en la peluquería era siempre el parroquiano preferido.

No tiene, pues, nada de extraño la consternación que se apoderó de todo el pueblecito al enterarse de que el simpático señor Courtleux había desaparecido en circunstancias misteriosas, y que más de una persona estimaba que seguramente había sido víctima de algún crimen.

La portera fué la que dió primero el grito de alarma. El señor Courtleux,



El joven.—¡Eh! ¡eh! Allí hay un hombre que se ha caído al río.

El fotógrafo.—Es demasiado tarde; acabo de utilizar la última placa.

De The Humorist.—Londres.

según ella, la había saludado dos noches antes, cuando salió, sin duda, a dar un paseo, y a pesar del tiempo transcurrido aun no había regresado.

Se hicieron pesquisas para averiguar el paradero del señor Courtleux, y en vista de su infructuoso resultado, el comisario de Policía ordenó que se descerrajase la puerta de la habitación que ocupaba. No se adelantó gran cosa; el cuarto presentaba su aspecto normal, sin que nada en su interior revelase el motivo de la desaparición de su ocupante.

Hubo, pues, que rendirse a la evidencia: el señor Courtleux había sido asesinado.

A la mañana siguiente, el periódico que se publicaba en el pueblo dedicó su artículo de fondo a la memoria del "querido y tan estimado amigo, cuyo

recuerdo perdurará siempre en el alma de todos..." y la Cámara de Comercio ofreció costear unos funerales por el alma del "querido compañero cobardemente asesinado".

Pero he aquí que al quinto día de su desaparición el señor Courtleux se presentó en el pueblo. Venía, más contento que nunca, de pasar unos días en la casa que en un pueblo cercano tenían unos amigos suyos.

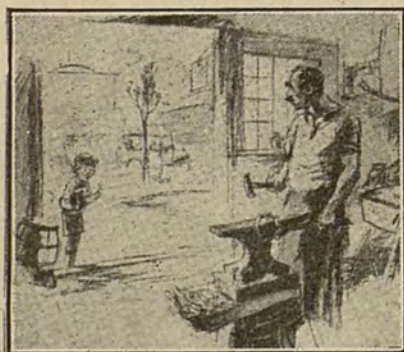
La portera le recibió severamente.

—Cuando se marcha uno de viaje, se avisa—le dijo secamente.

La demás gente siguió una conducta análoga. El director del periódico, despedido por haber hecho el ridículo con la publicación de su artículo; el comisario de Policía, los socios de la Cámara de Comercio empezaron a enfriar su amistad y acabaron negándole el saludo. En poco tiempo, todo el pueblo acabó por demostrarle su desprecio.

Y a tanto llegó el enfado de todas estas gentes con el pobre señor Courtleux, al enterarse de que no había sido asesinado, que poco a poco fueronle acorralando de tal modo, que un buen día hizo su maleta y tuvo que abandonar para siempre el pueblecito de Saint-Honoré.

P. C. R.

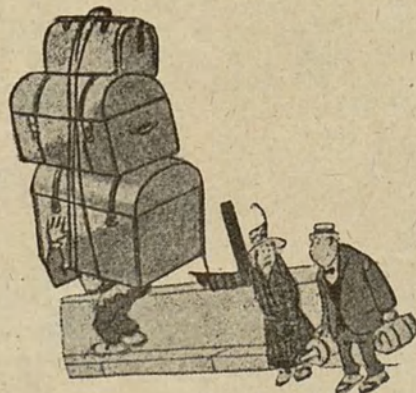


UN NUEVO CLIENTE

—¿Qué desea?

—Que me pida usted esta nuez.

De Judge.—Nueva York.



—¡Cipriano: ten cuidado con el mozo, no vaya a salir corriendo con el equipaje!

De Pele-Mele.—Paris.

CONSULTAS GRAFOLOGICAS



Enigma.—¿Enigmas a Kin-Fu-Fu? ¡Je, je! Para un grafólogo los consultantes siempre tienen el pecho de cristal de Bohemia. ¡Pero, ay! Que para descifrar enigmas como el presente, la primera, la indispensable, la imprescindible condición, es que me escriban en papel sin rayar... Con que puedes repetir la consulta, si gustas. ¡Y celebro que el mosquetero "D'Artagnan" quedase tan contento con mi análisis! ¡Recuerdos a "Porthos", "Athos" y "Aramis":

(A-Ch.)—¡Ay, a mi go "Ache"! Yo no salgo de mis grafologías; yo no tengo arte ni parte en ninguna sección de "Buen Humor", por lo cual no puedo decirte cuándo aparecerán tus chistes para regocijo de tu novia y tampoco puedo hacer el análisis de tu carácter porque escribes en un papel comercial que por su elegancia da gusto no verlo, y por sus rayas resulta inanalizable.

Una rubia bilbaína.—Aunque no andas muy allá de ortografía, posees fino ingenio y genio vivo, lengua expedita y una dosis regular de terquedad; en cambio, tus cariños son más verdaderos que los de cuatro señoras melifluas, de esas a quienes todo se vuelve jarabe de pisco...

Carmen.—Aficiones de vida brillante. Te agrada mucho más, sin comparación, un palacio que una choza,

por poética que sea, y prefieres unas medias nuevas de seda a las de algodón con corcosos. Te prevengo que no eres una excepción en la humanidad. Voluntad enérgica y amiga de discusiones y de llevar la contraria... ¡Todo sea por Buda!

Una chica moderna de Barcelona.—¿Tus características? En lo intelectual, sutil ingenio; en lo moral, timidez, y al mismo tiempo voluntad firme; en lo afectivo, cierto despego y espíritu burlón, lo que los franceses llaman "blague". ¿Pintora? No careces de sentimiento del colorido... Con que prueba.

Hércules.—¿Fotógrafo de

rás alguna que otra superstición, más o menos apollada. Eres tan impetuosa, resuelta e impulsiva, que cuando te irritas, lo que sucede, ¡ay!, con lamentable frecuencia, cualquiera te pone dique. ¿Cualidades? Esplendidez verdad, pues hay una esplendidez "ful" que es a la otra lo que la purpurina al oro.

Mary Sol.—Lo de presumidilla no necesitabas decirme, pues véolo con claridad meridiana en tu curvo y zaragatero grafismo... Eres además expansiva, cual grillo en primavera: charlas, charlas, charlas sin parar, como si te dieran cuerda; pero como es con gracia, se te perdona.

Carmen - Fu.—¿Serás parienta mía y habré ignorado hasta ahora tan señalado honor? Sea como fuere, tu grafismo me indica una viva y clara inteligencia; una reserva, que cuando tienes un secreto no hay anzuelo que lo pesque; gustos elegantes y dominio sobre los propios impulsos.

Sioli - Mohamet. Gijón.—¿Cuán impresionable, cuán irritable, cuán sugestionable, cuán aturdido, cuán juvenil, cuán entusiasta, cuán "zaraputundi" te veo, joven Mohamet! ¡Séate la asturiana playa de gusto y provecho. y Alá y Mahoma te guarden de mordeduras de peces! Guay de ellos si hincan los dientes en tus tiernas carnes!

Mariucha.—¿Con que las amigas te tienen por roñosa no séudolo? ¡Si se ve cada injusticia en este perro mundo! Pero por de pronto tú quieres que por un cupón te analice tres consultas—lo que está fuera de mi sistema—y tienes una letrita tan retémicroscópica que ni al través de mis gruesas gafas y con una lupa por añadidura me puedo enterar de lo que me dices; de donde deduzco que eres una hormiguita para tu casa...

Su admirador impaciente.—Si organizasen concursos de mal genio, tú te llevabas el premio, sin el más leve género de duda! Tanto, que casi temo decirte la verdad tan clara, temeroso de que quieras arrancarme la coleta, que tengo en grandísima estima. ¿Que si he leído el "Quijote"? ¡Anda este! ¡Ya lo creo! ¿No es un libro de un tal Cristóbal Colón, de patria desconocida? ¡Si aunque nació en Pekín y meció mi tierna infancia una preciosa concha de tortuga (eso quizá te explique mi calma, impaciente admirador), estoy al tanto de los clásicos españoles como pueda estarlo cualquier académico!

KIN-FU-FU



—Una docena de ostras.

—¿Grandes o chicas?

—No sé. Son para mi marido, y usa cuellos número cuarenta y cinco.

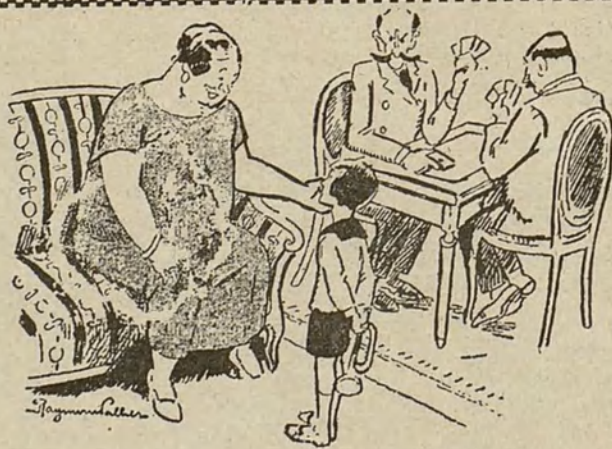
De "Sondagesnisse-Strise", Estocolmo.

caracteres Kin-Fu-Fu? Ahora lo veredes, dijo Agrades. Tu letra jacarandosa revela gustos estéticos, afición a la poesía de Rubén Darío, genio franco y resuelto, espíritu de aventura y deseo de "épater le bourgeois", o de dejar turulato al prójimo, para hablar en español liso y llano.

Manuela. — ¿"Mandarín" yo? No, hija mía; "servidurín" y gracias. ¿Que no eres supersticiosa por lo de líneas 13? Te diré: rebusca en los desvanes y en los sótanos de tu psicología y halla-

El hermano de Manuela.—Ah, tú amas los productos asiáticos, el "mah-jongg", el te, las mandarinas! Los dragones amarillos te protejan! ¿Necesito decirte que tu letra revela supremo buen gusto? ¿Sentido del color y de la línea? ¿Rápida asimilación intelectual? ¿Ligero despotismo, al par que espíritu protector y defensor, como quien dice genio feudal? ¿Ligeras ráfagas de melancolía? ¿Sueños de amor? ¡Tú sabes bien que nada de lo afirmado es guasa chinesca, sino verdad notoria!

Ayuntamiento de Madrid



Un borracho definía el agua de la siguiente forma:

—El agua es un líquido incoloro, inodoro, transparente e insípido y hasta aseguran que en algunos sitios lo beben.

Francisco Olivas Navarro. Madrid.

En casa de la condesa de X se celebró una reunión en que los asistentes fueron invitados a escribir alguna frase en el álbum de la casa. Uno de los asistentes abrió el libro y leyó lo siguiente:

“¿Pero, por qué me cuenta a mí sus cosas todo el mundo?”

Y firmaba: “El Nuncio”.

Pietín.—Enguera.

—¿Cuál es el colmo de un aviador?

—Renontarse, caerse, fracturarse el cráneo y llamar al médico volando.

Alfaro.—Ceuta.

El colmo de un relojero:

Encontrar todas las “piezas” de un reloj de arena... en una playa.

Emilio Mascort.—Sevilla.

—No te quejes de tu marido, tengo entendido que te trata con mucha dulzura.

—No es que me trate con mucha dulzura, mamá, es que es diabético

Igorrote.—Madrid.

—Veo que no sabe usted nadar, señorita. ¿Quiere que la enseñe?

—Gracias, pero... ahora mismo se ha marchado mi novio.

Cés Talens.—Barcelona.

—Me voy a comprar guantes para el invierno.

—¿Para el invierno?

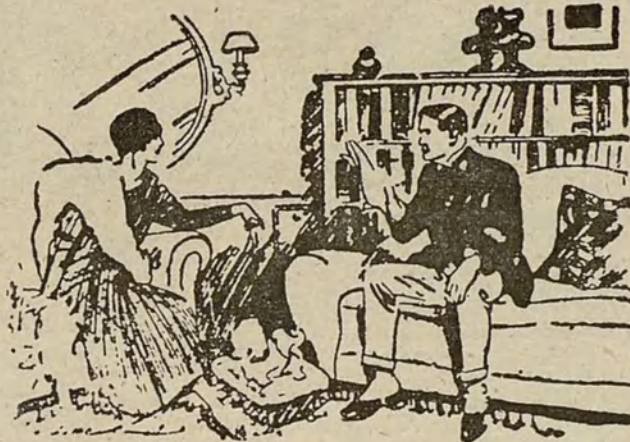
—Naturalmente.

—¡Hombre! Yo creí que te los comprabas para... las manos.

Chumiki.—Madrid.

A un individuo a quien después de haberle dejado limpio de cuartos le arrimaron unos “cacos” una tunda de palos, le preguntaba su mujer:

—¿De dónde vienes a estas horas, bribón?



La actriz.—¿Y cree usted que tendré oportunidad de hacer llorar toda la noche al público?

El autor.—Eso depende del cariño que los espectadores le profesen. Usted se muere en el primer acto.

—De ahí abajo, donde he tenido un rato de “palique”.

“Charleston”.—Melilla.

¿Cuáles son los hombres más embusteros?

Los fabricantes de gaseosas, porque en cada botella meten una bola.

José Bernal.—Granada.

El niño.—Papá, ¿por qué miras por encima de las gafas?

El padre.—Para no desgastar los cristales, hijo.

Enrique Soto y Soto.—Madrid.

En la calle.

—¿De dónde vienes, Macario?

—Vengo de dejar a mi madre en el cementerio.

—¡Chico, te acompaño en el sentimiento!

—No; es que vive allí con mi hermano que es el conserje.

Antonio García Guzmán. Madrid.

Asistía a una sección de tiro al blanco un soldado que era bebedor empedernido, y al observar el sargento que cada vez que hacía un disparo volvía la cabeza, le dijo:

—Oiga, Fernández (que así se llamaba), observe que no tira usted al blanco.

Contestación del soldado:

—Yo le tiro más al tinto, mi sargento.

Román Vega.—Aranjuez.

—¿Cuánto vale esta bicicleta?

—Ocho duros.

—¡Qué barbaridad! Para eso me compro una vaca.

—¡Pues buena fila iba usted a hacer montado en una vaca!

—Peor fila haría si me pusiera a ordeñar la bicicleta.

Trini.—Zaragoza.

Un millonario consulta a su médico.

—Doctor, dígame usted con franqueza si mi estado es verdaderamente grave.

—Está usted mucho mejor.

—Usted me engaña; yo tengo una señal infalible para conocer mi verdadera situación.

—¿Cuál?

—La cara de mis sobrinos... Estos días están muy alegres.

El tío Paco.—Zaragoza.

Cuartelerías.

—Oye, barbero: una de las cosas que no me he explicado, es de cómo puede sacarse la raya por detrás y hasta el cogote el tiniente Carranza, y con tanta alineación...

—Hombre, pues muy fácil... mirándose a tres espejos!...

—¡Quita allá, hombre!... ¿A tres espejos?... ¡¡¡Pus entonces le saldrían tres rayas!!!...

Francisco Olivas Navarro. Madrid.

La joven esposa está ocupadísima trabajando con la aguja en el abrigo del marido.

—¡Es algo realmente inconcebible! ¿Qué mal ha cosido el sastre este botón de este abrigo! —exclama—. ¡Es esta la quinta vez que tengo que volver a coserlo!

Benjamín López.—Madrid.

Escolástico prometió a sus suegros el día de su boda, en un transporte de ternura, que no pondría jamás las manos en su cara mitad.

Pero un día en que no reinaba “armonía conyugal” en la casa, Escolástico, quiso zurrar la badana a su distinguida costilla, y, acordándose de su promesa..., ¡la molió a coces!

Fernando Salvo.—La Coruña.

Un guardia se encuentra a un borracho que está hecho una sopa.

—¿De dónde vienen ustedes?

—Es que me he perdido y no sé ir a casa.

—Y porque está borracho y no sabe ir solo a casa, ¿se ha tirado al agua?

—Sí, señor; de perdidos al río.

Vicente de Castro.

Puente de Vallecas.

Entre novios “bien”.

El.—¿A que no sabes, Maruchi, en qué se parece un aeroplano a tu peluquero?

Ella.—¡...!

El.—Pues, en que el aeroplano aterriza y el peluquero a... ti... riza.

Enrique Soria.—Madrid.

Un baturro presencia la representación de una obra de gran éxito.

El tenor (cantando).—¡Los de Aragón! no saben transigir. ¡Los de Aragón! no saben qué es llorar. ¡Los de Aragón! no pueden perdonar...

El baturro.—Dilo de una vez, ¡so morral!, di que somos unos animales y terminas antes.

M. Arité.

TRICÓPILO ESTRAGUÉS

Usándolo dejará de caerle el cabello y hará que renazcan las hebras perdidas, excitando su vitalidad.—B. Estragués.—San Anastasio, 12, BADALONA.—De no encontrarlo en su perfumería, contra giro postal de 8 pesetas, lo remite el autor.

CORRESPONDENCIA

mu y particular

A. S. B. Segovia.—La letra es magníficamente redondilla, el papel suavísimamente satinado, la tinta brillantemente negra y la rúbrica elegantemente plateresca. Lo malo es el artículo, que es rematadamente estúpido; pero, ¡caray!, no todo iba a ser bueno, y nosotros no somos tan exigentes como para reclamar por ese insignificante y modesto detalle. Suponemos, pues, que habrá usted quedado contento y satisfecho. ¿Verdad que sí?

Canalda. Cáceres.
Cuatro tiros por la espalda se merecía Canalda.

Pepitín. Madrid.—No sirve.

E. C. Z. Madrid.—Tiene menos gracia que una misa de réquiem.

P. N. O. Valencia.—Una modesta observación, amigo y compañero de nuestra alma: artículo no se escribe con hache. Pero además, y si buenamente puede ser, usted no debe escribirlo ni con hache ni sin ella. Saldría usted ganando lo que no puede figurarse.

Picio. Madrid.—Eso de morir por fumarse un puro o un cigarro de la Arrendataria, se ha dicho ya muchas veces. Pero, además, como hay casos en que sucede de verdad, la cosa, en lugar de ser divertida, resulta trágica, y su lectura podría hacer llorar a las familias de las víctimas, cosa que no queremos que pase de ninguna manera.

S. A. T. Ceuta.—¡Lástima de tinta, a pesar de lo mala que es la tinta susodicha!

G. de V. Sevilla.—Eso es más largo que de aquí a Chicago y regreso. Comprímase un poco o no habrá manera de que nos entendamos.

C. R. I. Murcia.—Tiene muy poco salero. Y el poco que tiene no es de usted, sino de

un ilustre colaborador nuestro, al cual se están empeñando en imitar en vano la mar de fúribundos espontáneos.

Marcelino. Madrid.

Distinguido Marcelino: debe usted ser un cretino.

S. S. A. Madrid.—Eso cuénteselo usted a un guardia de los del pito. Y si el guardia no se pito-rea, nos dejamos cortar la cabeza con una afilada cimitarra.

B. T. Barcelona.—¡Sí, señor, aquí estamos para aguantar todas las latas que vengan!... ¡Pero, caramba, es que usted se ha excedido bárbaramente!...

M. S. P. Madrid.
Es usted un bestia enorme aunque no esté usted conforme. Que sí lo estará, visto el empeño que pone usted en demostrarlo.

L. E. B. Castellón.—El *corretín* no nos ha sonado bien. Si usted quiere, envíe otro instrumento más agradable. Y, sobre todo, afine.

Juan. Tánger.—¡Versos tristes y hechos en Tánger! ¡Primero more!

E. S. D. Madrid.—Su na-

rración es demasiado olorosa para que nos decidamos a apenar con ella. Debía usted haberla escrito en papel higiénico y nos hubiéramos prevenido.

D. M. P. Gijón.

Su cuento ¡Pobre Cristeta! es una birria completa.

E. P. E. Cartagena.—No nos place su composición otoñal. Nos ha dejado más fríos que si fuese de invierno.

G. L. Escorial.—Es muy gordo eso. No cabe por nuestra puerta ni aunque la ensanchemos benévolutamente.

Zeus. Madrid.—Tampoco sirve lo de usted.

V. M. C. Zaragoza.
Muchos versos e indecentes. mi buen correligionario, son un par de inconvenientes para nuestro semanario.

M. R. Badajoz.—Perdónenos que le digamos que en ese punto no podemos estar de acuerdo con usted. ¡Y es lástima, porque parece usted unas mijillas discreto!

C. M. P. Valencia.—Sus versos acaban muy mal... Pero, bueno, hay que reconocer que empiezan todavía mucho peor...

M. A. J. Madrid.

Pues lo de usted no es tampoco para volverle a uno loco.

A. G. L. Valencia.—No nos ha gustado nada *La paella*. Envíe otro plato, a ver.

Ovidio. León.

Mi querido amigo Ovidio: su cuento *La horrible plaga* crea usted que no se paga con diez años de presidio.

M. Madrid.—¡Y tan M!... ¡Sobre todo los versos, que usted los titula *Sin nombre* y tiene usted razón, porque es una cosa que no tiene nombre verdaderamente!

D. T. M. Madrid.—Corto y bastante anticuadito. Los pocos chistes que lo exornan ya han visto la luz en las columnas de BUEN HUMOR. Repase usted, si no tiene otra cosa que hacer, los trescientos siete números que van publicados y se convencerá plenamente.

J. L. P. Alicante.—¡Eso es rematadamente beocio, y hasta sus porciones hotentocio!... BUEN HUMOR, por fortuna, todavía no se lee en las alcantarillas ni en las cuevas del cerrillo de San Blas.

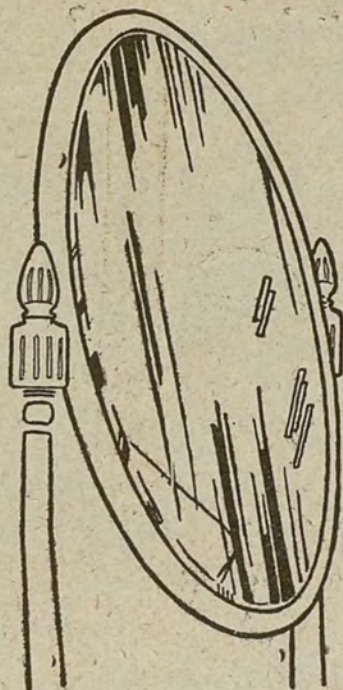
T. M. Madrid.—¡¡¡Vaya usted al cuerno, idiota!!!



(De Judge, Nueva York).

El enfermo:—Perderé la mano, doctor?

El médico:—Nada de eso! La guardaremos en un frasco, y usted podrá verla cuando quiera.



NADA COMPARABLE POR SUS MARAVILLOSAS CUALIDADES A LA CREMA RECONSTITUYENTE LIDA, PARA LA CONSERVACION DEL ROSTRO, HACIENDOSE IMPRESCINDIBLE EN EL TOCADOR DE TODA MUJER CUIDADOSA DE SU BELLEZA. DA AL CUTIS TERSURA Y LOZANIA.—HACE DESAPARECER LAS ARRUGAS, SURCOS Y DE PRESIONES FACIALES.—SUA VIZA LA PIEL, CONSERVANDOLA DE TODA IMPUREZA.—BLANQUEA Y CONSERVA EL ROSTRO LLENO DE FRESCURA Y BIENESTAR.—ES EL ELEMENTO NUTRITIVO DE LA EPIDERMIS, UNICO Y EFICAZ PARA PRESERVARLA DE LOS PELIGROS DE LA INTEMPERIE.

PEDID FOLLETOS EXPLICATIVOS

CREMA LIDA

RECONSTITUYENTE

DEPOSITARIO-URQUIOLA-MAYOR.1-MADRID

BUEN HUMOR

marzo / abril 27



—¿Qué te parece?
—¡En el escaparate estaba estupendo!

Dib. BERNARD.—París.

Ayuntamiento de Madrid